

SOBRE EL ORIGEN DEL URBANISMO Y DEL MODELO DE VIDA URBANA EN EL VIEJO Y NUEVO MUNDO

JORGE JUAN EIROA GARCÍA
Universidad de Murcia

Cuando en 1989 publiqué «Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste» (EIROA: 1989), primer volumen de la serie «Urbanismo histórico del Sureste español», promovida por el Grupo de Investigación «Historia y geografía del urbanismo», de la Universidad de Murcia, vertí en su capítulo introductorio «Urbanismo y vida urbana», algunos conceptos que, pasado el tiempo, se han ido sedimentando. La mayor parte de las afirmaciones que hice entonces siguen manteniéndose, puesto que eran fruto de reflexiones basadas en datos verificados que han experimentado pocas variaciones, pero otras, especialmente las referidas al urbanismo americano, deben ser matizadas o corregidas, a tenor de las experiencias de los últimos años, obtenidas en diversos viajes de estudio y trabajo por diversos países de América Latina. Los trabajos realizados en Perú, especialmente, me enfrentaron a múltiples y espléndidas evidencias de un urbanismo prehispanico que hicieron cambiar drásticamente mis opiniones acerca del desarrollo urbanístico de las sociedades protohistóricas americanas, inmersas desde finales del Formativo en un dinámico proceso de urbanización de la sociedad que alcanzaría su madurez con los Desarrollos Regionales y su apogeo a finales del período, con la proliferación de verdaderas ciudades en plenitud del modelo urbano en la etapa inmediatamente anterior a la conquista española, tanto en el ámbito maya y azteca de México, como en las regiones ocupadas por mochicas, chinchas y chimues en Perú y tiahuanacus y, por fin, incas, en Perú, norte de Chile, Bolivia y norte de Argentina (EIROA, 1991, 1992 y 2002).

Debemos añadir a esto el hecho de que, en la última década, los descubrimientos de nuevos yacimientos de todas las fases de la protohistoria del Sureste español analizadas entonces, se han multiplicado de tal manera que hoy obligarían a redactar una nueva visión del libro en su conjunto, matizando aspectos que afectarían a la comprensión del urbanismo del Calcolítico, época argárica y, muy especialmente, Bronce final, donde los hallazgos han sido muy importantes, con nuevos e impresionantes yacimientos indígenas, como el gran poblado de Murviedro (Lorca), o el impresionante recinto semita amurallado de La Fonteta (Guardamar de Segura), que ponen de manifiesto un poblamiento, indígena y colonial, mucho más importante de lo que entonces éramos capaces de imaginar.

Con todo, la aparición y desarrollo de la vida urbana, como resultado de un brillante proceso de evolución social que casi inmediatamente tuvo enormes consecuencias, sigue

apareciendo ante nosotros como uno de los momentos estelares de la historia humana, ya que trajo consigo la configuración y posterior consolidación de un modelo de sociedad capaz de concebir sus relaciones internas, y aún sus relaciones con el medio, desde un punto de vista más racional y fructífero que supuso un gigantesco paso en la ascensión de la cultura.

Los antecedentes de este proceso, a modo de paso previo al urbanismo y a la vida urbana, hay que buscarlo en aquellos momentos y lugares en los que el hombre, bajo el incentivo de sus necesidades y del medio, fue consciente de las ventajas que suponía la vida en comunidad, una vez resuelto el problema de la subsistencia con la obtención de los alimentos básicos.

Este parece ser, según la mayoría de los estudiosos del tema, la condición previa a cualquier proceso de sedentarización duradera sobre el terreno, lo cual no implica forzosamente agricultura y ganadería desarrolladas, sino unos medios estables y seguros de obtención de alimentos que bien podían basarse en los recursos ofrecidos naturalmente por el medio. De hecho, en algunas de las primeras aldeas no existen evidencias de una economía de producción agropecuaria sino hasta una fase avanzada.

La sedentarización sobre un terreno bien elegido, en el que el grupo pudiera construir sus cabañas, a veces defendidas con obras complementarias, cerca de las tierras de cultivo y de los terrenos de caza, pesca y recolección, supuso un avance definitivo e indispensable para el ulterior desarrollo de la comunidad. Este fenómeno ocurrió en diversas partes de mundo, con las lógicas diferencias que imponían los condicionamientos geográficos, climáticos y culturales, pero, en definitiva, con un resultado que guarda muchas similitudes.

El crecimiento de estas primeras aldeas fue ampliando el intercambio de estímulos y respuestas culturales entre el medio y los grupos humanos, en un proceso bastante complejo en el que hubo etapas realmente críticas, pero pocos retrocesos, porque una vez iniciado cualquier regresión habría significado, muy posiblemente, la desaparición del grupo.

La vida en comunidad respondía a una necesidad humana y en ella había muchas más ventajas que inconvenientes. La seguridad personal, el desarrollo de funciones especializadas que cubrían diversas necesidades, la garantía de la defensa, la diversidad de la vida en común, el reconocimiento de una autoridad, el control de un territorio... etc. Aunque junto a esto existían también algunos inconvenientes, como: el incremento de la población y, en consecuencia, la necesidad de mayor producción de alimentos, el belicismo, la obligatoriedad de prestar determinados servicios públicos... etc.

Estos primeros núcleos de población aparecieron a lo largo del Neolítico en Asia occidental, especialmente en el Creciente Fértil, y fueron propagándose, mediante complejos procesos de difusión, hacia otras zonas del Viejo Mundo, incluida Europa, adaptándose a las condiciones ambientales de cada área y a las necesidades específicas de cada comunidad. Algo similar, aunque con notables diferencias, ocurrió en el Nuevo Mundo.

De la aldea neolítica de carácter esencialmente agropecuario, en la que es prácticamente imposible apreciar las premisas fundamentales para que exista una verdadera vida urbana, a las primeras ciudades en las que se centralizaban actividades de diversa índole

y en las que ya podemos ver un modelo de vida urbana desarrollado, hay sólo un paso, pero tan difícil de definir que es precisamente aquí donde se centra el estudio del proceso. Llegar a saber cuáles fueron los motivos que provocaron tan rápidos cambios, cuáles las condiciones previas, los mecanismos que promovieron las transformaciones administrativas, cómo y por qué apareció el Estado y su complicada maquinaria de control, cuándo las categorías sociales... en fin, cuándo la ciudad deja atrás a la aldea neolítica y se convierte en «centro urbano», es el objetivo de nuestra atención. A veces es difícil llegar a saber qué orden de sucesión tuvieron los acontecimientos: qué fue antes, la escritura o la burocracia, o si es la escritura la que origina la burocracia, o la burocracia la que, como elemento de control, inventa la escritura. Muchas preguntas como estas permanecen aún sin respuestas definitivas (y quizás nunca las tengan), ya que a la dificultad de su análisis debe añadirse la de que el proceso no fue igual en todas partes ni aconteció en el mismo momento, y al ser un hecho plural y diacrónico, los problemas adquieren a veces una particular complejidad que tiene mucho que ver con las áreas geográficas, con la situación de los núcleos difusores y receptores y con factores determinantes de todo tipo.

Aunque el conocimiento de este proceso ha suscitado el interés de los investigadores desde hace años, deseosos de conocer este espectacular fenómeno histórico, la investigación se ha multiplicado desde la década de los setenta, centrándose sobre todo en aspectos parciales como la demografía, los medios de producción, el desarrollo del comercio, la expansión de los centros de población y el urbanismo físico... etc., con el fin de lograr una mayor comprensión de los detalles que puedan conducir a una visión de conjunto más amplia y esclarecedora.

Sin embargo, aún no ha concluido el debate sobre el concepto de vida urbana y urbanismo, en el que están implicados la mayoría de los que hoy estudian el proceso de urbanización de la sociedad. La polémica alcanza un elevado grado de interés cuando se encentra en el momento histórico en el que aparecen sus primeras manifestaciones, precisamente en ese período crítico en el que los grupos sociales están a punto de cruzar el límite, a veces muy sutil, entre la vida preurbana y el urbanismo claramente perceptible, casi siempre en la línea divisoria entre la Prehistoria y la Protohistoria.

En Europa y desde los estudios señeros de V. Gordon Childe, se ha ido acentuando el interés por la aparición del urbanismo en la plenitud de los tiempos prehistóricos, hasta el punto de que en los últimos años ha provocado no sólo un considerable aumento de especialistas en el tema, sino una preocupación que afecta incluso a la planificación y orientación de los trabajos arqueológicos de campo, en los que es frecuente encontrar el estudio urbanístico como uno de los objetivos programados, dada su importancia para explicar no pocos aspectos de las sociedades objeto de estudio.

En España, el interés por el fenómeno urbano histórico ha sido semejante y, tras una primera etapa de estudios analíticos de los aspectos físicos del urbanismo, se ha entrado recientemente en una fase en la que los investigadores pretenden penetrar en el conocimiento, más pormenorizado y profundo, de aspectos conceptuales que, desde el punto de vista del análisis de la cultura, puedan explicarnos el desarrollo de un proceso ciertamente espectacular, pero no exento de ciertas dificultades de interpretación.

Casi todos estos estudios han abordado la cuestión del urbanismo desde diferentes posiciones conceptuales, ya que ésta puede ser analizada desde el punto de vista de la historia, la política, la geografía, la economía... etc., puesto que la sociedad urbana es, esencialmente, plural y ofrece tantas facetas como las que tiene la propia vida de los seres humanos que la configuran. Chueca Goitia ha dicho que « todo aquello que al hombre le afecta, afecta a la ciudad» (CHUECA, 1974,8) y esta afirmación encierra una verdad axiomática.

En nuestro caso creemos necesario enfrentarnos al primer urbanismo de nuestra historia desde dos puntos de vista que, aunque metodológicamente puedan parecer bien diferenciados, resultan complementarios a la postre: en primer lugar, desde el punto de vista conceptual, que requiere un análisis histórico de las condiciones que favorecieron la implantación de la vida urbana en el ámbito peninsular; después, desde el análisis del urbanismo físico, que define el espacio habitado de las sociedades e indica su adecuación a determinada forma de vida. En ambos casos «lo urbano» se presenta como un fenómeno histórico que nos indica una cierta forma de adscripción a determinados modelos vitales y, en última instancia, revelará cómo los grupos humanos han ido configurando un camino de perfeccionamiento en sus relaciones y en su forma de integración al medio, utilizando sus recursos en beneficio propio.

De esta forma, debemos diferenciar con claridad, por un lado, lo que es el urbanismo como forma de vida, a la que se accede desde fases previas bien definidas culturalmente y una vez logrado cierto nivel de desarrollo que puede apreciarse en aspectos como la especialización de funciones, división del trabajo, jerarquización social, existencia de excedentes de producción, obras corporativas... etc.; y por otro, el urbanismo físico, es decir, la estructura de la urbe como expresión material del modelo de vida urbano. Ambos aspectos están estrechamente ligados, ya que no puede existir urbanismo material si no se ha accedido previamente al adecuado nivel urbano. Y queda, por fin, otra cuestión por aclarar: también denominamos «urbanismo» a una disciplina científica autónoma que surge como fruto de un debate crítico a la construcción de la ciudad contemporánea, desde finales del siglo XIX. El término lo usaremos aquí, normalmente, en sus dos primeras acepciones.

A partir de los estudios de Childe, se han propuesto distintos modelos que tratan de explicar el nacimiento de la vida urbana y, como consecuencia de ésta, el origen del Estado. De entre los modelos más destacados, mencionaremos:

1. El modelo de V.G. Childe

La producción intensiva de alimentos y la existencia de excedentes de producción concentrados generan una clase dominante y un Estado represivo.

2. El modelo hidráulico

K.Wittfogel: El urbanismo y el Estado aparecen como consecuencia de la organización del riego a gran escala, bajo el control de una clase dominante.

3. Los modelos demográfico y bélico (o del conflicto)

Robert Carneiro: El aumento progresivo de la población provocó constantes conflictos. La lucha y la conquista bélica establecieron relaciones de súbditos y vasallos (de dominadores y dominados) y aumentó el grado de complejidad social, propiciando la centralización del poder.

4. El modelo de la jerarquización administrativa

Wright y Johnson: El modelo urbano estatal nace de la aparición de instituciones gubernamentales centralizadas, con funciones administrativas especializadas, divididas en varios niveles jerárquicos.

5. El modelo multivariante

Robert M. Adams: El modelo urbano es el resultado de múltiples variantes que interactúan, en medio de un proceso en el que el medio (el entorno) desempeña un papel preponderante.

6. El modelo de intercambio

C. Renfrew: El intercambio y la redistribución de excedentes hacen surgir módulos centrales donde se jerarquiza el poder, apoyándose en instituciones. También actúa una retroalimentación entre los módulos centrales y los secundarios.

7. El modelo del control de la producción y la redistribución

F. Hole: Los excedentes de producción y su redistribución hicieron nacer las clases dominantes que controlaron los recursos y el poder. La organización de la producción y la redistribución propició la aparición de un jefe o institución para controlar el proceso.

8. El modelo (europeo) del comercio

P. Wells: El desarrollo del comercio, una vez superada la economía de subsistencia, hizo nacer el modelo urbano y el Estado en la Europa bárbara.

1. EL MODELO DE GORDON CHILDE

A partir de la publicación de los trabajos de Gordon Childe, sobre todo entre 1930 y 1958, los prehistoriadores y arqueólogos se han apoyado con frecuencia en sus rasgos diagnósticos para definir lo que era una ciudad en el origen de la historia y así diferenciarla con claridad de una aldea, un pueblo u otro tipo de asentamiento (CHILDE, 1950). Para el arqueólogo australiano la «revolución urbana», entendida no tanto como una transformación rápida y brutal, al estilo de la definición de Crane Brinton, sino como una «culminación de cambios progresivos en la estructura económica y la organización social de las comunidades, que producen o se ven acompañados de significativos

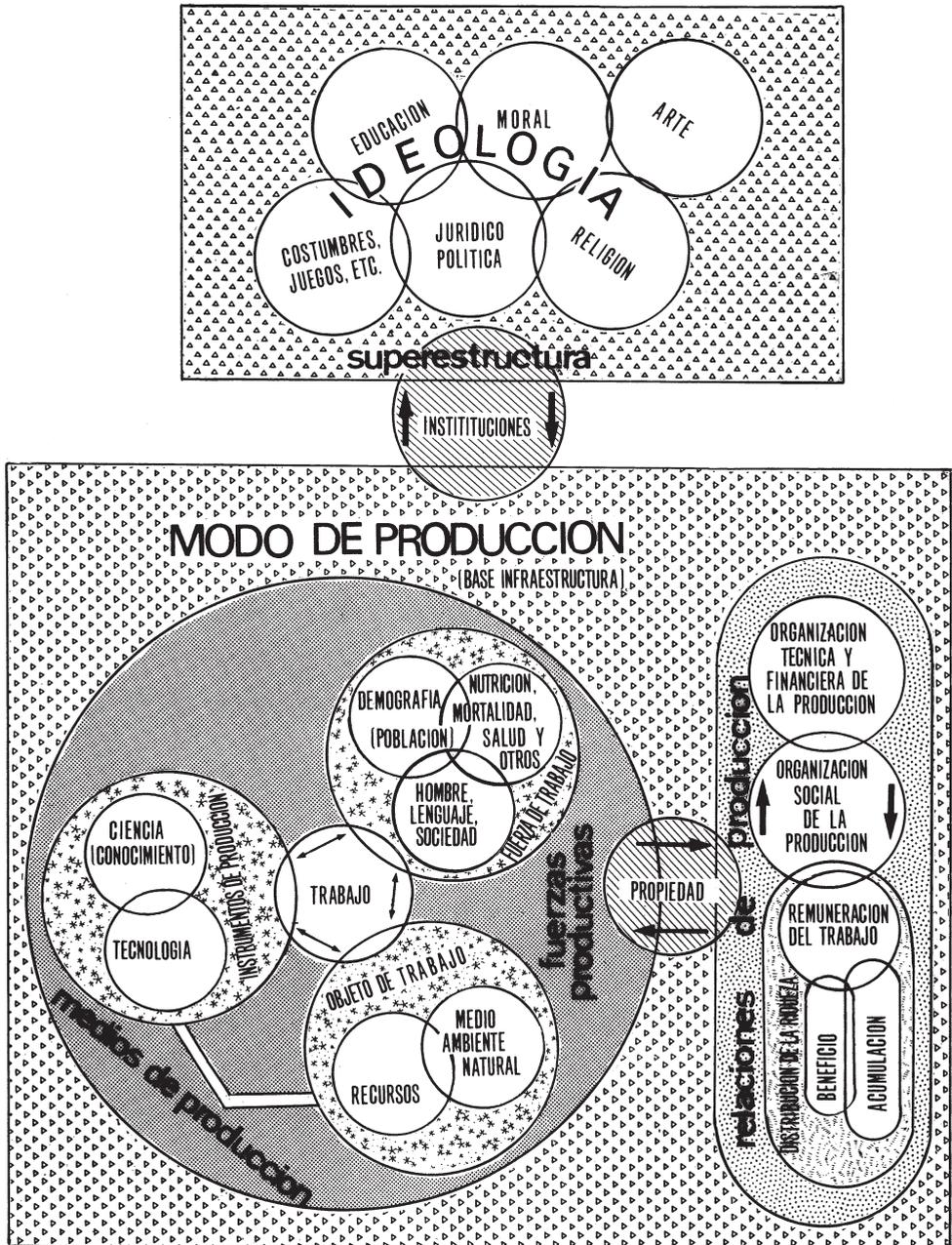


Lámina I. La formación económica y social, según las tesis marxistas.

El Estado en el Materialismo Histórico

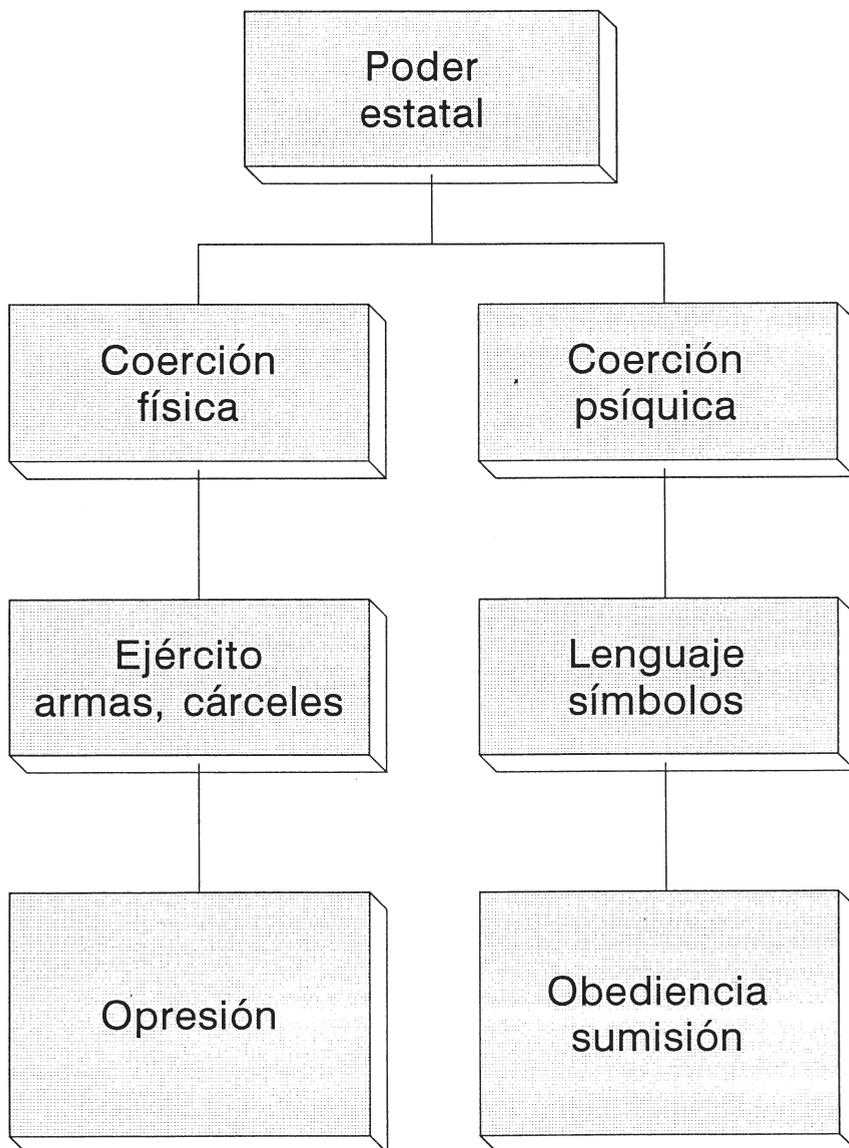


Lámina II. El Estado en el materialismo histórico.



Lámina III. La estructura interna de la sociedad, según C. Marx.

incrementos de población» era la entrada a la civilización y a su sombra se configuraban otras características de importancia, de manera que de aquel proceso emanaban avances decisivos para la sociedad. Entendía Childe que la producción intensiva de alimentos para el grupo y la existencia de excedentes de producción concentrados generaban una clase dominante y un Estado (que él entendía represivo, siguiendo la teoría marxista de la lucha de clases expuesta por Morgan, Marx y Engels, aunque con importantes modificaciones) para coordinarlo y controlarlo (CHILDE, 1936). Luego, la concentración de la población, la existencia de artesanos especializados, el régimen tributario, los edificios públicos monumentales, la escritura como instrumento al servicio de la burocracia y el gran comercio, definían la esencia de la ciudad, paradigma de la vida urbana y exponente del nuevo mundo civilizado. De esta forma quedaban superadas las fases de salvajismo paleolítico, barbarie neolítica y barbarie superior de la Edad del Cobre (CHILDE, 1942). Childe subraya de forma especial el carácter social más que tecnológico, de la revolución urbana. A las minorías gobernantes en las primeras ciudades de Mesopotamia, las considera como los promotores de masivos sistemas de almacenamiento en los que se acumulaban los excedentes de la producción agrícola, así como garantes de la paz interna, minimizadores de la frecuencia de la guerra externa, propiciadores de la producción y, por lo tanto, fomentadores del incremento de la población (CHILDE, 1942, 123). Pero el autor advirtió que centraba estas características en los núcleos desarrollados del Próximo Oriente, en el viejo mundo, y no eran extrapolables al resto.

Sin embargo, tal vez no sea conveniente deducir de las ideas de Childe que la civilización es causa directa del proceso de urbanización, o de la «revolución urbana», ya que en el discurso childeano la equiparación entre urbanización, Estado y estratificación resulta más que discutible, como expuso E.Service (SERVICE, 1975, 304).

2. EL MODELO HIDRÁULICO

En una línea semejante se pronunciaba Karl Wittfogel cuando, también desde una óptica marxista, justificaba la aparición de la vida urbana como consecuencia de la práctica del riego a gran escala, mediante un sistema artificial construido por el conjunto

de la población bajo el control de la clase dominante. La «teoría del riego» valora el carácter despótico del Estado centralizado, de acuerdo con las necesidades del sistema de producción (WITTFOGEL, 1957). Pero diversos autores han hallado algunos motivos para rechazar la teoría (WOODBURY, 1961).

Karl Wittfogel, Steward y otros estudiosos propusieron, desde 1949, que los sistemas de riego a gran escala pudieran haber actuado como incentivos al impulso social de cooperación, con la participación de gran número de individuos, propiciando, a su vez, la complejidad social que terminaría desembocando en la formación de un sistema estatal.

En 1968 Sanders aplicó esta tesis a ciertas áreas de Mesoamérica, modificando parcialmente sus tesis anteriores. Sin embargo, se conocen diversos casos donde un proceso semejante sobre el control centralizado sobre el riego no llevó a la organización de instituciones estatales ni a la urbanización de la sociedad, como vemos en Bali, por ejemplo.

La idea de Wittfogel parte del estudio de algunos períodos de la historia de China y fueron sus discípulos y seguidores los que posteriormente la aplicaron a otras áreas culturales del Viejo y del Nuevo Mundo. El concepto básico es el de «sociedad hidráulica: es decir, una organización agraria en la que las obras de riego (con propósitos productivos y de protección) y otras construcciones (de comunicación, defensa, servicio, etc.) son administradas por un gobierno fuerte» (WITTFOGEL 1974), cuya eficacia se sustenta en la capacidad de organizar y controlar una gran fuerza de trabajo para la construcción y mantenimiento de las obras, así como la distribución de agua a las tierras irrigadas.

La sociedad hidráulica, a través de recursos «despóticos» que afectarían tanto a los aspectos ideológicos como a los físicos, presentaría pronto una tendencia a adoptar una organización de tipo estatal, apareciendo el Estado como el sistema político más eficaz para integrar los patrones formales de autoridad que requieren las tareas de la organización del riego, de la producción agrícola y, en definitiva, de la estructuración de un sistema de producción basado en estos aspectos (SANDERS Y PRICE 1968). Esto no elimina la posibilidad de que en algunas áreas, muy especialmente en América precolombina, emergieran también sociedades hidráulicas que nunca llegaron a tener una organización estatal (por ejemplo, los cacicazgos) y no llegaron a desarrollar un verdadero modelo urbano.

Esta propuesta fue inmediatamente criticada por un amplio sector de investigadores, que vieron en ella la pretensión de presentar como indiscutible un esquema de dinámica temporal en una forma claramente ahistórica. Estas críticas se centraron en varios aspectos específicos, entre los que se resaltaban: las citas de áreas de las que no se precisaba la cronología histórica de los hechos a los que se refería el argumento; o a no ser el proceso diacrónico; o a una marcada tendencia a fragmentar la información, de tal manera que no se podían conocer los detalles históricos precisos de cada caso.

Millon estudió en 1962 siete sistemas de riego a pequeña escala en grupos actuales, llegando a la conclusión de que no existía una relación clara entre el grado de centralización de la autoridad y su tendencia hacia la organización de tipo estatal y el tamaño del sistema de irrigación o el de la población que sostenía.

En lo referente al «conflicto» desencadenado por el control de los recursos hidráulicos, parece evidente que no siempre la competencia por el agua causa conflictos, ya que, sabemos a través de numerosos paralelismos etnográficos, que sociedades que dependen de un sistema común de riego pueden evitar enfrentamientos o conflictos y, en ocasiones, llegar a situaciones de cooperación para la producción de alimentos o para la construcción de infraestructuras que ayuden a perfeccionar el sistema.

Wittfogel y Steward vieron en los estados de Mesopotamia los ejemplos más claros de «sociedades hidráulicas compactas, simples y estatales» (STEWART 1952), mientras algunos de sus seguidores se buscaron los rasgos diagnósticos que pudieran definir a las sociedades hidráulicas por antonomasia, centrando la cuestión en la especificidad de los canales de riego. Se desarrollaron entonces importantes proyectos de prospección en superficie, especialmente en la llanura central y en el sur de Mesopotamia (Diyala, Akkad, el centro de Sumer y el área de Uruk-Warka), con el propósito de analizar la relación existente entre la presencia de vestigios hidráulicos y el momento de la aparición del «Estado» y de los modelos de sociedades urbanas.

Después de años de investigación, Robert Adams llegó a la conclusión de que, en Mesopotamia, el estado antecede en mucho (quizá en un milenio) a las grandes redes hidráulicas que establecen estructuras políticas definidas por Wittfogel como hidráulicas (ADAMS 1965:41), ya que las evidencias arqueológicas disponibles de elementos hidráulicos anteriores a mediados del tercer milenio a. de J.C. son tan escasas y discutibles que resultan irrelevantes.

Los registros administrativos de mediados del tercer milenio a. de J.C. indican que la población dependía principalmente del cultivo extensivo bajo rotación, alternando periodos de barbecho con cosechas de leguminosas. El riego a pequeña escala constituía una parte subsidiaria de una red interdependiente de técnicas de subsistencia y relaciones económicas y éste no puede aislarse como un agente causal.

En España las tesis hidráulicas han sido aplicadas por Robert Chapman, Gilman y Thornes, sobre yacimientos del Calcolítico y la Edad del Bronce, con resultados muy discutibles, debido, sobre todo, a la ausencia de evidencias arqueológicas claras que puedan sostenerlo.

Estos autores creen que el clima era tan árido como en la actualidad, de manera que la práctica de la agricultura de irrigación junto a los lechos de las ramblas habría constituido una necesidad ineludible para la supervivencia de las comunidades. En cambio, desde la consideración de un medio más húmedo que el actual (Lull, Ramos Millán, Lomba, Eiroa), se ha sugerido la práctica de un régimen de secano con cosechas alternas de cereales y leguminosas. Molina, basándose en datos faunísticos y palinológicos, entiende que hubo un deterioro del clima y la cobertura vegetal, a partir del III milenio, hasta abocar en la situación desértica actual (menos de 200 mm de lluvia anuales en las zonas más bajas, inmediatas a la costa).

No obstante, a partir de las evidencias paleoecológicas disponibles no es posible demostrar concluyentemente si el clima era similar al actual o si era más húmedo. La importancia de esta polémica reside en el papel que llega a atribuirse al control del agua como desencadenante de los cambios económicos y sociales atestiguados por entonces en la zona.

Sin embargo, ambas propuestas no tienen porqué ser excluyentes, pues cabe imaginar sistemas agrícolas que combinen regadío y secano, como ha propuesto Chapman. El problema podrá aclararse con análisis paleoeconómicos y paleoecológicos sobre las parcelas cultivadas y sobre la dieta de la población.

3. «LOS MODELOS DEMOGRÁFICO Y BÉLICO»

Ambos modelos se tratan en un mismo apartado, puesto que siempre aparecen íntimamente relacionados, ya sea explícita o implícitamente. Uno de sus grandes defensores es Robert Carneiro (1970), que propone que el aumento progresivo de la población provocaría constantes conflictos debido a la competencia por terrenos aptos para labores agrícolas, zonas de recolección, caza o pesca (creando así presión sobre los recursos ya limitados). La consecuencia final, tras un período de constantes fricciones, sería la conquista de unos grupos por otros, estableciéndose una relación de tipo tributario entre vencedor y vencido. Estos mecanismos aumentarían progresivamente el tamaño de las unidades políticas, así como el grado de complejidad y centralización, desembocando finalmente en una organización de tipo estatal.

En Mesopotamia se han definido al menos tres ejemplos que pretenden apoyar esta hipótesis. Cuyler Young (1972), basándose en los trabajos de Boserup (1965) y Carneiro (1970) considera Mesopotamia como una unidad geográfica relativamente definida, que

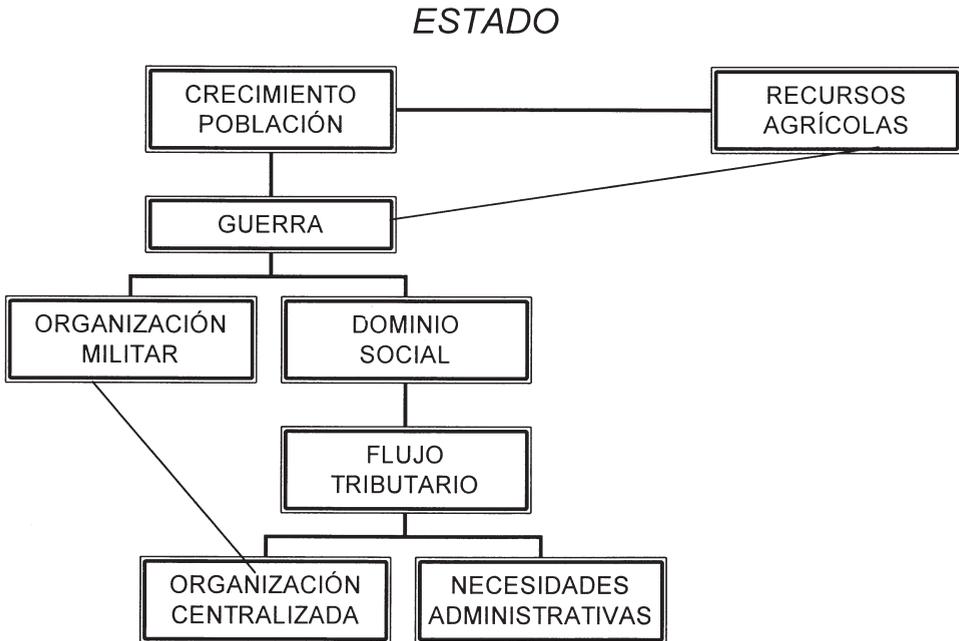


Lámina IV. El origen del Estado, según R. Carneiro.

entre 6000 y 4500 a. de J.C. (con su punto álgido en la Fase de El Obeid II, hacia 4.900 a. de J.C.) triplicaría su población, provocando una considerable presión demográfica sobre los recursos, obligando a una intensificación del uso de la tierra y a la migración de una parte de la población hacia zonas marginales. Posteriormente, durante el período Uruk o período Protoliterario (3500 – 3100 a. de J.C.) se abandonarían las áreas marginales creándose nuevos núcleos humanos de fácil defensa, que desempeñarían el papel de «zonas de amortiguamiento, entre las áreas más intensamente pobladas. Así, el urbanismo aparece como el medio de organización y control de esa creciente población, siendo el móvil de la nueva estructura económica y política, así como de la mano de obra para el trabajo, en el contexto de estructuras sociales fuertemente jerarquizadas.

McGuire Gibson (1973:458-460), tras sus estudios sobre Uruk, Nippur y Kish, propone una variante de este modelo. Considera que el aumento de la población depende, en gran medida, de la capacidad productiva de la tierra. El crecimiento demográfico constituye el índice principal, pero considera que el abandono del cauce oriental del Éufrates hace que la población se desplace hacia las tierras más occidentales situadas en las proximidades del nuevo cauce, lo que se convierte en un factor determinante en el proceso de urbanización de Mesopotamia. Este desplazamiento tiende a concentrar a la población, lo que obligará a buscar mayores recursos y a intensificar la producción agrícola, complicando la red económica y los recursos administrativos de la sociedad. Sin embargo, los grandes núcleos de población terminan presentando complicaciones para su gobierno e inician una clara tendencia a atomizarse en pequeñas aldeas de carácter agropecuario, dispersas por el territorio, provocando un aumento demográfico, la intensificación de los intercambios y el desarrollo de un artesanado especializado. La competencia por tierra y los bienes se hace entonces cada vez mayor y los conflictos armados aparecen, como una solución habitual para dirimir los litigios entre ciudades estado, ya que no era posible perpetuar los movimientos migratorios, sobre todo tras agotarse las posibilidades de disponer de nuevas tierras.

4. EL MODELO DE LA JERARQUÍA ADMINISTRATIVA

H.T. Wright y G.A. Johnson (1975) propusieron un esquema para explicar el origen de la vida urbana y del Estado, basado en sus estudios en el Khuzistán. Según estos autores, en el proceso estaría involucrado el surgimiento de instituciones gubernamentales centralizadas, con funciones administrativas especializadas en la toma de decisiones, lo cual implicaría la presencia de tres o más niveles en una jerarquía de control para ser consideradas estatales. Los indicadores serían: 1.- la supremacía jerárquica de unos asentamientos sobre otros y 2.- el uso de cierta tecnología en la administración.

También Robert Adams (1972:62-63) propuso un modelo particular basado en la complejidad administrativa. Adams comparte el esquema básico de los modelos anteriores, pero considera que los efectos de dicho proceso deben analizarse no sólo a nivel intercomunal (como el creciente énfasis en hostilidades de tipo bélico, que propiciarían la aparición de ciudades-estado amuralladas), sino también a nivel intracomunal, es decir, modificando la estratificación social, que favorecería, con el tiempo, la aparición de superestructuras estatales.

Frank Hole (1974:277) destaca que hay evidencias históricas de conflictos bélicos por lo menos hasta 2500 a. C., es decir, varios siglos después de haber finalizado el proceso de formación de los estados. E. Service (1975: 304-308) también ha destacado que las evidencias de conflictos violentos están presentes, de forma más o menos esporádica, durante todo el proceso, destacando que hay dos tipos de conflictos a lo largo del período: por un lado, los enfrentamientos entre vecinos rivales, en los que una ciudad vence a otra después de una disputa por fronteras; y por otro, los enfrentamientos entre grupos sedentarios y nómadas. El militarismo sistemático de un estado expansionista se contempla desde otra perspectiva diferente, ya que requiere modelos de organización superiores y una infraestructura muy desarrollada, evidente sólo desde el Periodo Acadio en adelante, cuando ya estaríamos ante un modelo plenamente estatal.

Desde la perspectiva de la demografía, el aspecto más complejo es el hallazgo de evidencias arqueológicas que respalden las propuestas de sus promotores, ya que, por lo general, éstos se han apoyado en prospecciones regionales de superficie y en el estudio de los materiales arqueológicos hallados sobre el terreno, que ha servido para adscribir los yacimientos a determinados períodos, apoyándose sobre todo en la tipología de los materiales. Una vez definida la cronología del asentamiento, se calculó su población estimada en relación con el área de distribución de los restos arqueológicos, fundamentalmente la cerámica. Los posibles cambios en el «patrón de asentamiento» se explicaban mediante el número de asentamientos adscritos a cada período. Pero al no desarrollarse verdaderas excavaciones arqueológicas, la cronología resultaba demasiado imprecisa y existían demasiados inconvenientes para demostrar la supuesta contemporaneidad de los yacimientos asignados a un periodo concreto. Esto ha hecho que diversos autores hayan considerado que la forma en que se ha tratado de ver la correspondencia de este modelo con la información particular de Mesopotamia no es la correcta.

5. EL MODELO MULTIVARIANTE

M. Fried, en un complejo y elaborado análisis, puso de manifiesto la importancia del proceso de la estratificación social y de jerarquización de la población en la formación de los grupos urbanizados y la aparición de los estados (FRIED, 1967).

En este mismo sentido incidió Adams, desde el principio de sus estudios, aunque partiendo de la base de que las ciudades, para el autor británico, no son el resultado de ninguna ley predecible y determinada, sino de varios factores confluyentes. Adams pretende corregir algunos aspectos de la teoría de Childe (y, por añadidura, de Morgan) y se apoya en el proceso del incremento de la estratificación social afirmando que los derechos de propiedad sólo fueron una expresión de un sistema de relaciones sociales estratificado, que es, en cierto modo, el fundamento de una sociedad política (ADAMS, 1966, 80). Entiende Adams que para explicar el nacimiento de la vida urbana no sólo hay que contemplar la capacidad que una sociedad tiene para prever la producción de alimento, sino el conjunto de innovaciones políticas y económicas que permitan al grupo, especialmente a los artesanos que no producen alimentos, sobrevivir alimentándose de los productos obtenidos por agricultores y ganaderos.

Para Adams las clases sociales fueron «grados objetivamente diferenciados de acceso a los medios de producción de la sociedad», aunque sin conciencia de clase (ADAMS, 1966, 79) y cree que las primeras entidades urbanas de Mesopotamia se organizaron en «clanes cónicos» (en los que prevalece una cierta forma de parentesco), ofreciendo un modelo de pirámide social en la que algunos esclavos y siervos, la gran masa de la población y el campesinado aparecen en la base, superponiéndose a ellos los artesanos, las familias aristocráticas y, por fin, la nobleza y los príncipes. No obstante, Adams no ignora otros factores. Así, cuando afirma que «la aparición y desarrollo de la ciudad no fue definido en Mesopotamia por la peculiar mentalidad del pueblo sumerio, sino por el carácter físico de Summer», le está dando valor al entorno, es decir, al medio (ADAMS, 1966, 95 y ss.). Este mismo valor del medio aparece contemplado en otros investigadores recientes, como C. Wissler, que cree que el entorno ejerce un determinado tipo de influencias sobre el fenómeno cultural, sobre todo orientado hacia el desarrollo de la producción de alimentos (WISSLER, 1931) y P. Wheattley, que ha valorado el ámbito físico junto a otros aspectos, sobre todo de tipo económico y social (WHEATTLEY, 1971).

El punto de vista de Adams (1966) acerca de la formación temprana del estado es un ejemplo de la teoría según la cual muchas variables se combinan para interactuar. Adams compara a Mesoamérica con el Cercano Oriente y encuentra en ambos casos un desarrollo muy similar, que se representaría como una sucesión de tres fases: teocrática, militar y política. El gran número de diferencias parece conjuntarse en forma satisfactoria si suponemos el siguiente proceso: Diversas formas de subsistencia (pastoreo, recolección, riego y cultivo) llevaron al aumento en la redistribución, así como a grandes diferencias en cuanto a riqueza, principalmente porque esta última forma resultaba en la aparición de otros productos y altas concentraciones de la producción de las tierras fértiles. La guerra produjo la génesis de los guerreros y proporcionó labor esclava. Parte de esta labor aceleró la tendencia hacia la especialización artesanal, la cual requería mayor redistribución y, por ende, administración. La creciente diferenciación en la riqueza, así como entre los guerreros y la gente «común» llevó a la jerarquización social. Todos estos procesos generaron la formación del estado.

Otros especialistas, como R. Carneiro, M. Webb y E. Boserup, se han apoyado en tesis de tipo etnológico, poniendo énfasis en aspectos que pudieron ejercer diversas influencias en el proceso de urbanización de la sociedad, como la circunscripción geográfica, la guerra y la conquista, la expansión demográfica... etc.

Buenos ejemplos de lo anterior son los enfoques de Cohen y Claessen sobre la formación temprana del estado». Estos investigadores delinean diversas etapas de desarrollo social por las que deben pasar las sociedades con el fin de alcanzar el nivel de «estado», pero se dejan abiertos los mecanismos que ocasionan los cambios en cuestión, los cuales varían de caso a caso (COHEN 1978, 1981; CLAESSEN Y SKAINIK 1978, ETC.). Este enfoque es una aplicación directa de los modelos evolucionistas multilineales de Steward (1955), Service (1971, 1975) y Fried (1967).

6. EL MODELO DEL INTERCAMBIO

Colin Renfrew (1975), basándose en sus estudios en las islas Cícladas entre el Neolítico y los inicios de la Edad del Bronce, centrándose sobre todo en el Calcolítico, propuso varios modelos que intentaban explicar el papel del intercambio (fase previa al verdadero comercio) en el proceso de organización interna y complejidad social y administrativa de una «civilización», hasta desembocar en el origen del estado. Partiendo de un «lugar central», como punto principal desde donde se desarrolla el intercambio, y manejando el concepto de «módulo estatal temprano» como una unidad territorial autónoma, presenta los elementos organizativos que propiciarían la aparición de los núcleos centrales, estableciendo una clara diferencia entre un cacicazgo y un estado propiamente dicho, utilizando el criterio de continuidad y permanencia de las localidades centrales. La aparición de estos núcleos centrales permanentes sería el primer paso en el proceso de formación de los estados, base de las entidades históricas «civilizadas».

Renfrew establece tres niveles en el modelo de relaciones: el intercambio interno en el seno de cada módulo, en el que la actividad predominante sería la de jugar un papel como centro de redistribución; el intermedio, mediante una actuación de reciprocidad destinada al mantenimiento de la uniformidad entre los módulos estatales, logrando un cierto equilibrio entre ellos; y por fin, el intercambio a larga distancia entre los módulos y otras entidades de áreas más alejadas, fuera del medio en el que ellos se desarrollan.

Renfrew aclara que varios subsistemas de un sistema cultural podían operar independientemente de una manera más o menos estable, sin generar crecimiento alguno en la complejidad de la escala a la que con frecuencia nos referimos cuando hablamos de «estados tempranos». Él insiste en que el inicio «no es generado por la existencia



TABLA DE SUBSISTEMAS, SEGÚN C. RENFREW

- ⊕ **SUBSISTEMA DE SUBSISTENCIAS**, CUYAS INTERACCIONES Y ACTIVIDADES SE REFEREN A LA PRODUCCIÓN Y DISTRIBUCIÓN DE LOS RECURSOS ALIMENTICIOS.
- ⊕ **SUBSISTEMA TECNOLÓGICO**, DEFINIDO POR LAS ACTIVIDADES HUMANAS QUE DAN COMO RESULTADO LA PRODUCCIÓN DE ARTEFACTOS MATERIALES.
- ⊕ **SUBSISTEMA SOCIAL** EN EL QUE LAS ACTIVIDADES DEFINIDORAS SON AQUELLAS QUE TIENEN LUGAR ENTRE LOS MIEMBROS DE LA SOCIEDAD (DISTINTOS DE LAS DE SUBSISTEMAS ANTERIORES).
- ⊕ **SUBSISTEMA SIMBÓLICO O PROYECTIVO**, QUE ABARCA TODAS AQUELLAS ACTIVIDADES A TRAVÉS DE LAS CUALES LOS SERES HUMANOS EXPRESAN SUS CONOCIMIENTOS Y SUS RELACIONES CON EL MUNDO.
- ⊕ **SUBSISTEMA DEL COMERCIO EXTERIOR Y COMUNICACIONES**, DEFINIDO POR TODAS AQUELLAS ACTIVIDADES MEDIANTE LAS QUE SE TRANSMITE INFORMACIÓN O MATERIALES MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS DEL SISTEMA.
- ⊕ **POBLACIÓN**, AUNQUE NO ESTÁ DEFINIDA ESTRICTAMENTE POR LAS ACTIVIDADES HUMANAS, PUEDE SER CONSIDERADA UN SUBSISTEMA MÁS.
- * [TODOS LOS SUBSISTEMAS ESTÁN INTERRELACIONADOS]

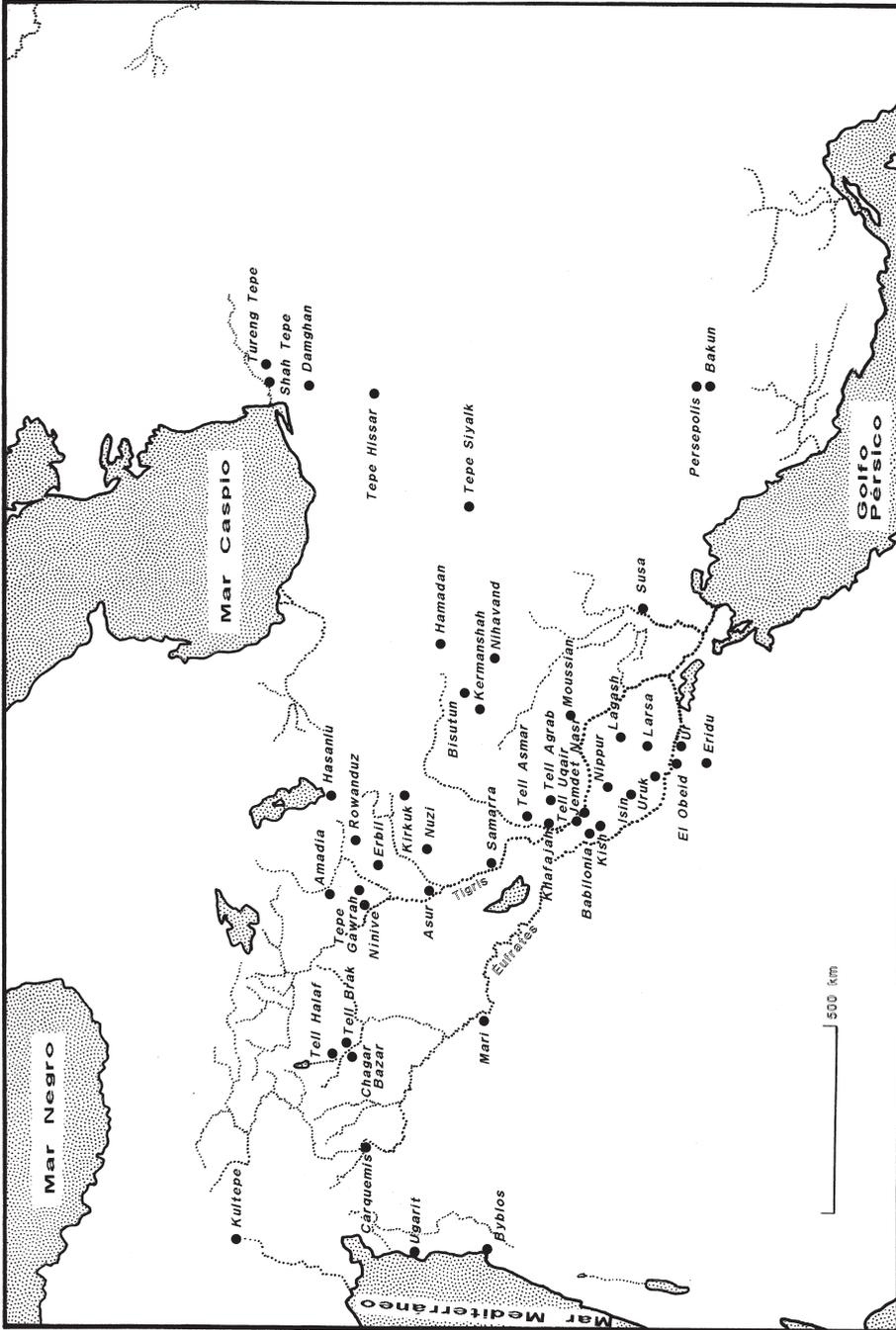


Lámina VI. Yacimientos y lugares de Mesopotamia y Próximo Oriente, citados en el texto.

de dichos subsistemas en sí, sino por una interacción positiva de retroalimentación entre dos o más de los subsistemas en cuestión». El marco cultural en el que C. Renfrew ha trabajado, el Egeo y las Cícladas, ofrecían especiales condiciones para este tipo de estudio, tanto por la proximidad geográfica entre las distintas entidades estudiadas, como por la relativa homogeneidad de evidencias arqueológicas que podían sostener sus afirmaciones. En todo este proceso desempeñó un papel importante la explotación sistemática de los productos agrícolas, especialmente la vid y el olivo, que incentivaron el intercambio, promoviendo una auténtico proceso de «retroalimentación», que sirvió para dinamizar el proceso.

7. «EL MODELO DE LA PRODUCCIÓN CONTROLADA Y LOS PROCESOS DE REDISTRIBUCIÓN»

La propuesta de este modelo parte de las ideas de V. Gordon Childe y se basa en la idea de que la ciudad surge a partir del crecimiento progresivo de los habitantes de una comunidad, apoyado en la acumulación de un excedente social, fruto de un sistema de producción controlado, así como de su redistribución, a partir de un centro desarrollado. La población de los primeros centros urbanos representa una nueva forma de organización social y económica, con la presencia de un grupo de especialistas de tiempo completo en actividades diversas (CHILDE 1964: 29-30). Es en Mesopotamia donde se aprecia por primera vez la existencia de un sistema de producción con excedentes que sobrepasan las necesidades básicas de los habitantes de la urbe y de las aldeas subsidiarias circundantes. Esta situación permitiría el mantenimiento de nuevas clases económicas, que muy pronto se alzarían con prerrogativas especiales sobre los recursos productivos principales, incentivando el proceso de estratificación social y la aparición de nuevas categorías sociales que se dedicarían al intercambio de mercancías, así como a su redistribución desde el lugar central, lo que, con el tiempo, generaría nuevas formas institucionalizadas y mecanismos adecuados para concentrar y redistribuir los excedentes de producción, controlando tanto los mecanismos económicos como las rutas a través de las cuales se redistribuirían los excedentes. El inevitable paso siguiente sería la aparición de una minoría dominante que se adueñaría de los resortes de la autoridad absoluta.

En sus estudios sobre el origen de la civilización en Mesopotamia, Frank Hole (1974) también señala que con el sedentarismo los habitantes de la zona se centraron cada vez más en asegurar una producción agropecuaria suficiente, a pesar de tener que renunciar a la variedad dietética y la movilidad de su anterior carácter de bandas itinerantes. Esta nueva situación les obligó también a intercambiar los bienes que producían por otros que no podían producir localmente, con la consiguiente merma de su autosuficiencia. Las características del territorio, variado y desigual en recursos, propiciaría una cierta especialización de las comunidades, que producirían así bienes diversos, con lo que se hacía imprescindible el intercambio. Así surgió la necesidad de una organización que controlara la producción y la redistribución de los productos, así como el ascenso de minorías que se alzarían con el poder a través de instituciones reconocidas, como los templos o los palacios, que representan dos grados o niveles distintos de organización, en dos etapas evolutivas en las que, por el momento, parece que tiene prioridad el templo.

H.T. Wright y G.A. Johnson (1975) aprecian en Mesopotamia un proceso de «diferenciación horizontal y de jerarquización vertical», como consecuencia del control de la información y de los mecanismos de producción y redistribución. Estas diferencias sociales pueden interpretarse dentro del proceso de complejidad social que entonces experimentan las sociedades del próximo y medio Oriente.

8. EL MODELO (EUROPEO) DEL COMERCIO

Muchos investigadores han propuesto el comercio a grandes distancias, entre ellos Sabloff y Lamberg-Karlovsky (1975). El control sobre artículos considerados indicadores de prestigio o símbolos de poder, pudo ayudar al surgimiento de una clase gobernante, mientras que las obligaciones administrativas concomitantes pudieran promover el sistema administrativo como tal.

Wright, sin embargo, señala cuando menos un caso donde el comercio llegó después de la formación del estado (1969, 1972).

Más recientemente Peter S. Wells ha estudiado el proceso de urbanización de las sociedades protohistóricas europeas, centrándose sobre todo en el Bronce Final y la Edad del Hierro de Europa centrooccidental, analizando, desde una perspectiva esencialmente monocausal (la actividad comercial como factor determinante) el desarrollo de los grupos humanos (WELLS, 1984). Para este profesor de Harvard parece evidente que en la Europa central de la Edad de los Metales no son aplicables las explicaciones ofrecidas para el Próximo Oriente. Aquí no tienen sentido las teorías sobre el riego, puesto que el territorio es húmedo y fértil por naturaleza, ni poseemos datos para valorar un papel preponderante de las instituciones teocráticas, ni es decisiva la aportación colonial desde otros puntos más desarrollados de la Europa mediterránea, puesto que incide sobre sociedades que ya están en vías de urbanización. Factores como: la estratificación social, la guerra y la religión jugaron un papel muy restringido. Wells valora, sobre todo, el hecho de que la economía, una vez desarrollada más allá de un nivel de pura subsistencia, pudo soportar adecuadamente un número relativamente elevado de productores no dedicados a la obtención de alimentos, repercutiendo ello en el incremento de la producción de bienes comercializables y produciéndose un aumento de la actividad mercantil que repercutió en diversos aspectos de la vida diaria, aumentando la población y los recursos humanos. En este modelo, los factores determinantes («factores críticos» de Wells) fueron pues: «el crecimiento del comercio a fines de la Edad del Bronce, la iniciativa individual y la motivación de las comunidades a producir aquellos productos que pudieran ser intercambiados por lujos deseados» (WELLS, 1988, 184). Algunas de estas ideas ya fueron expuestas por M. Halbwachs en (1930), pero no cabe duda de que las teorías de Wells, que tienen un precedente en la obra de Jane Jacobs «The Economy of Cities» (1969) referente a las áreas de Turquía, están apoyadas en datos recientes y verificados y aportan una nueva perspectiva al problema. Sin embargo, siendo evidente el importante papel aportado por el comercio entre las sociedades europeas del I milenio a. de J.C., parece exagerado atribuirle un papel casi exclusivo en el proceso de urbanización europeo, sobre todo si se tiene en cuenta que los beneficios comerciales afectaron, en principio, a áreas bastante limitadas y que fuera de ellas existían comunidades en las

que se aprecia un desarrollo urbano igualmente intenso, aunque quizás de diferentes características. En la península Ibérica, mediado el I milenio a. de J.C., puede apreciarse una incidencia comercial considerable sobre el área ibérica, pero los beneficios de estas relaciones se centraban en núcleos muy concretos y llegaban al interior muy matizados. Estudios recientes han puesto de manifiesto que la intensidad comercial disminuía a medida que los centros receptores se situaban en zonas más al interior, y algunas áreas, como la castreña del Noroeste, apenas se beneficiaron de esas relaciones comerciales y, sin embargo, desarrollaron unos centros de población que en algunos casos, como Coaña, Santa Tecla o Briteiros, llegaron a ser considerables, antes de iniciarse el proceso de romanización.

Debemos añadir que el propio Wells advierte con prudencia de que su estudio ofrece «una gran simplificación de una situación muy compleja» (WELLS, 1988, 184).

B.W. Cunliffe y R.T. Rowley abordaron también el tema centrándolo en los «oppida» de la Europa bárbara, aunque desde un punto de vista bastante más amplio y generalizador (CUNLIFFE y ROWLEY, 1967), siguiendo los pasos de J. Werner, que había estudiado los «oppida» de la segunda Edad del Hierro intentando explicar sus detalles urbanísticos treinta años antes (WERNER, 1939).

Para la Europa de la Edad de los Metales poseemos estudios que han abordado diversos aspectos parciales, incluso intentos de visiones de conjunto, desde los trabajos de Childe, que quiso explicar los cambios producidos en la sociedad europea poniéndolos en relación con el auge alcanzado por los especialistas en metalurgia, para los que imaginaba un especial status de privilegio de carácter intertribal, que fue, en cierto modo, el origen del desarrollo de un artesanado que alcanzaría después una situación preponderante, incentivada por la demanda de los comerciantes del Mediterráneo. Eso potenció la aparición de núcleos urbanos que se desarrollaron a la sombra de un floreciente comercio (CHILDE, 1952). En un sentido similar se pronuncia C. Hawkes (HAWKES, 1940).

Sin embargo, diversos estudios han ido matizando estas ideas desde la década de los sesenta, fijando su atención en aspectos específicos de la economía y la sociedad (CLARK, 1952; FILIP, 1962; ROWLANDS, 1972; MILISAUSKAS, 1978; CLARKE, 1979).

En Europa es problemático hablar de urbanismo y vida urbana antes de la plenitud de la Edad del Bronce. Aunque en el ámbito del Egeo, en los Balkanes y en la península Ibérica surge «una clara tendencia hacia tipos de sociedad jerarquizada» (CHAMPION, 1984, 213), esta situación no tuvo grandes repercusiones inmediatas, sino que sirvió para asentar las bases para los procesos de la Edad del Bronce. Y aunque en el Calcolítico existen evidencias de concentraciones de población de cierto relieve en los grupos culturales de: Vinča - Pločnik (Yugoslavia), Gumelnitza (Rumanía - Bulgaria), Cernavoda (Bulgaria), Vucedol (Yugoslavia), Boleraz (Moravia), Los Millares (España)... etc., en los que se detectan algunos de los rasgos característicos como: obras públicas (murallas, fosos, grandes edificios...), especialización de funciones, actividades artesanales, minorías hegemónicas, concentración de poder y riqueza... etc., no parece posible interpretarlos como evidencias de una plena vida urbana, sino más bien como una fase previa en la que el modelo aún no está completamente impuesto y en la que, en todo caso, falta la evidencia material de la urbe, aunque exista el germen de su idea. Tal vez por eso sea más correcto referirse a ellos como sociedades pre, o a lo sumo, protourbanas.

Es cierto que en Egeo existen desde el Bronce antiguo entidades a las que sí cabe denominar proturbanas en sentido estricto (RENFREW, 1972), (Troya, Chalandriani, Lerna, Thermi...), que muy pronto se verán sucedidas por las entidades palaciales de Creta y los núcleos fortificados de Micenas en la Hélade, a los que ya sí parece adecuado denominar ciudades, pero su influencia sobre el resto del continente fue bastante más escasa de lo que se ha creído.

Será en la plenitud de la Edad del Bronce y sobre todo en el Bronce Final, cuando en la Europa bárbara se desarrolle el modelo urbano, a partir de los poblados agropecuarios, aunque ninguno de los núcleos formados en la Edad de los Metales llegó a igualar la importancia de las ciudades orientales de un milenio antes.

Los recientes estudios de ROWLEY (1967), UCKO, TRINGHAN y DIMBLEBY (1972), COLLIS (1975, 1982 y 1984), BÜCHSENSCHÜTZ (1978 y 1984), BRAUDEL (1981), WELLS (1980, 1984 y 1988)...inciden sobre diversos aspectos del desarrollo urbano continental, tanto desde el punto de vista socioeconómico como desde el físico, haciendo hincapié en la importancia decisiva de fenómenos como: el comercio del metal y de objetos elaborados, desarrollo de la producción agropecuaria, la concentración de riqueza y poder, la tecnología... etc., que potenciaron la aparición y desarrollo de formas de convivencia proclives al modelo urbano. Algunos coinciden en dar mayor relevancia al factor comercial (ALEXANDER, 1972, CLARKE, 1979, WELLS, 1984), tal y como había insinuado Childe en su obra póstuma de 1958; otros valoran más los aspectos bélicos (COLLIS, 1982), sociales (NASH, 1976), o institucionales (SERVICE, 1962). Pero parece claro que hoy resulta más adecuado pensar en una interacción múltiple de factores que tuvieron como resultado la eclosión de la vida urbana desde la plenitud de la Edad del Bronce, desembocando en una auténtica urbanización de la sociedad en el apogeo de la Edad del Hierro, en la que, no obstante, hay que tener en cuenta las diversidades regionales para comprender bien el proceso.

Sin embargo, hoy es posible apuntar que algunos factores como: el aumento demográfico, el perfeccionamiento de las técnicas de explotación del territorio, la actividad comercial y el intercambio, las vías de comunicación que estos abrieron, la tendencia a las actividades especializadas, las medidas de protección del grupo... etc., desempeñaron un papel fundamental en el proceso, incidiendo en cada caso en aspectos específicos que, a su vez, repercutían en otros, configurándose así una cadena de efectos multiplicadores que, en definitiva, constituían un amplio conjunto de factores determinantes, estrechamente unidos, que conducían a un resultado final casi inevitable: la beneficiosa vida en comunidad.

Recientes tendencias en la investigación, que surgen sobre todo de la aplicación de principios derivados de la concepción estructuralista de la arqueología, han intentado penetrar en aspectos complementarios que, al menos teóricamente, pretenden encontrar explicación para una valoración del territorio, concebido como espacio vital susceptible de ser explotado y utilizado por el grupo humano, o para evaluar el aspecto demográfico desde el estudio pormenorizado (aunque estadístico en muchos casos) de las necrópolis y viviendas, o para acercarse más a la comprensión de los grupos de poblados en determinadas regiones, poniendo en juego a veces teorías de medio alcance, según las ideas de L.R. Binford, o aplicando teóricos «modelos de control» y conclusiones

apoyadas en la estadística, que han ofrecido distintas, aunque complejas, posibilidades para ampliar el conocimiento de la demografía, economía, áreas de captación de recursos, explotación del territorio... etc. que son, desde luego, aspectos fundamentales para el conocimiento de las sociedades afincadas en el suelo, para la comprensión del grado de adaptación al mismo, así como para penetrar en la evolución biológica de las comunidades, cuestiones todas de gran relieve para ampliar el conocimiento del proceso de urbanización de la sociedad.

En España, los trabajos de García Bellido, Torres Balbas, Cervera Checa y Bidagor, Maluquer, Arribas, Chueca Goitia, Balil y otros, han abierto el camino hacia el estudio del proceso histórico de la urbanización de la sociedad hispánica, y repercutieron, a modo de incentivo, sobre los estudiosos, iniciando una línea de investigación que hoy está completamente definida. Un primer resultado de este interés fue el Symposium de Ciudades Augusteas de Zaragoza, en octubre de 1976, que supuso una necesaria puesta al día de los estudios sobre urbanismo histórico en el ámbito peninsular, incidiendo especialmente en la época romana. En los trabajos arqueológicos sobre hábitats pre y protohistóricos, antiguos y medievales, es frecuente hoy el análisis urbanístico, como necesario complemento al conocimiento global de los yacimientos, de manera que los datos han ido aumentando considerablemente y es cada vez más posible su evaluación.

Aunque todos estos modelos teóricos que tratan de explicar, global o parcialmente, la génesis del modelo de vida urbana fueron concebidos para el Próximo Oriente Asiático, muy pronto se intentaron aplicar a los centros neurálgicos de las grandes culturas americanas, con mayor o menor fortuna y no sin adecuarlos a las variantes que el escenario exigía.

* * *

Durante mucho tiempo, los estudiosos del tema del origen y evolución de la vida urbana y del urbanismo, sobre todo los europeos, creyeron que en la América prehispanica no existió una verdadera vida urbana ni un urbanismo propiamente dicho hasta algo después de la conquista europea, cuando los colonizadores trasladaron al Nuevo Mundo los modelos urbanos imperantes en el Viejo. El propio V. Gordon Childe, en su «What happened in History», inicia el capítulo V afirmando que: «La metalurgia, la rueda, el carro tirado por bueyes, el asno de carga y el buque de vela constituyeron los cimientos de una nueva organización económica». Y ninguno de estos logros estuvieron presentes en la evolución interna de las culturas americanas, de forma que difícilmente podía imaginarse una trayectoria cultural que desembocase, como en el Viejo Mundo, en un modelo de vida urbana plenamente desarrollado. Tampoco los logros de la cultura americana habían conducido a la creación de un sistema de escritura generalizado (incluso si consideramos las impenetrables inscripciones jeroglíficas mayas, en las que sólo podían deducirse fechas y cifras), interpretado tradicionalmente como el más espectacular logro de las sociedades urbanizadas. Esto ha hecho que muchos investigadores partieran de supuestos equívocos cuando se enfrentaban por primera vez al estudio del fenómeno urbano y hacían referencia al caso americano.

Sin embargo, para cualquier espectador que hoy pueda ver los conjuntos arqueológicos de Teotihuacán, en México, de Chanchán o Pachacamac, en Perú, la duda acerca de la existencia de vida urbana y urbanismo pre-hispánico en América no existiría.

Hacia el 500 d. de J.C. Teotihuacán era la sexta ciudad más grande del mundo, con una población estimada en unos 100.000 habitantes y el centro de un imperio que controlaba directamente unos 25.000 km². en México central. Su distribución en cuadrículas planificadas cubría 20 km²., en torno a un centro ceremonial (la pirámide del Sol, que regía la dispersión de los demás edificios). En su avenida central, de unos 5 km. de largo, se alineaban 75 templos menores.

En Chanchán, la capital del reino Chimú, al norte de la costa peruana, en las afueras de Trujillo, el trazado urbano ocupa unos 28 km². Es la ciudad de adobe más grande del mundo. En su interior se alojan diez complejos reales o ciudadelas y su población se calcula en más de 50.000 almas.

El aspecto de este tipo de entidades urbanas es impresionante. En ellas se encerraban grandes recintos ceremoniales, complejos palaciales, centros administrativos, almacenes, talleres, cisternas, barrios de especialistas...etc. que hablan por sí solos de las más notables características con las que se han querido definir las entidades urbanas en el Viejo Mundo.

Esta impresión del visitante no se aleja mucho de la que tuvieron los primeros conquistadores del Nuevo Mundo: Gaspar de Carvajal, cronista del primer ascenso por el Amazonas, describe verdaderas ciudades en el interior del país, igual que Cristóbal de Acuña, cien años después; Vespucio expresa su admiración por la «Venecia» que descubre en Venezuela y el padre Las Casas, en su «Apologética historia», ofrece una larga lista de ciudades que embellecían la costa de Panamá. Podemos imaginar la impresión de Hernando Pizarro entrando en Pachacamac, en 1533.

En la base del error subyace el ya largo debate entre los especialistas acerca de los rasgos diagnósticos que definen a la vida urbana y a la ciudad, desde las ideas de Morgan, Marx y Engels, Gordon Childe, Wittfogel, Spencer, Adams, Carneiro, Wissler... a las más recientes de Redman, Service o Wells. Lo que hoy parece claro es que, como concluyó Adams, «no existe un origen de las ciudades, sino tantos como tradiciones culturales independientes con un modo de vida urbano», y que aunque podamos elaborar una lista de rasgos diagnósticos, en la que podríamos incluir: la sociedad estratificada, número de habitantes considerable, aparición del Estado y sus instituciones, estructuras religiosas y políticas, formas de producción organizadas, tecnología, comercio, artesanado... etc. ninguno de ellos, por sí sólo, definiría a la vida urbana, y todos ellos, por separado, sí podrían entrar en la definición.

Hoy podemos afirmar que en América Hispana existía un urbanismo y un modelo (o mejor, varios) de vida urbana bastante antes de la llegada de los conquistadores. La formación de estos modelos siguió un proceso que hoy podemos analizar siguiendo varias fases, tal y como podemos apreciar en el Área Andina:

FASE DEL DESARROLLO URBANO EN EL ÁREA ANDINA

FASE I	<p>Fase Arcaica (5000 – 1800 a. de J.C.) Formación de grupos sedentarios. Inicios y posterior desarrollo de la agricultura y la ganadería. Primeras aldeas agrícolas.</p>
FASE II	<p>Fase Formativa (1800 – 500 a. de J.C.) Chavín de Huántar, Guañape, Paracas, Salinar. Primeros centros ceremoniales. Tendencia a la concentración de poder. Rasgos de estratificación social.</p>
FASE III	<p>Fase de los desarrollos regionales (500 a. de J.C. – 700 d. de J.C.) Moche / Virú Wari Regionalización cultural: Fases de Gallinazo, Lima, Nazca, Cajamarca, Recuay, Tiawanaku... etc.</p>
FASE IV	<p>Fase de los grandes estados regionales (700 – 1500 d. de J.C.) Formaciones urbanas, señoriales e imperiales. Consolidación y desarrollo del urbanismo pleno. Chimú Imperio Inka</p>

1. Fase Arcaica (5000-1800 a. de J.C.)

Durante la Fase Arcaica, aparecieron los primeros asentamientos estables, sobre todo a finales del periodo, a partir del 2000 a. J.C.

En esta fase vemos algo parecido a lo que Childe denominó «revolución agrícola» para el mundo asiático próximo-oriental, en yacimientos del tipo de Valdivia y Real Alto, en la península de Santa Elena, en Ecuador, y en otros del tipo de Huaca Prieta, en el Norte de Perú. Es la aparición de las primeras aldeas estables, de carácter agropecuario, que a veces suelen tener ya construcciones de tipo ceremonial (pirámides y plataformas) y significan la aparición de las primeras obras de carácter colectivo.

Durante la primera parte del Arcaico, lo que se denomina «Precerámico sin algodón» (Hasta 2500 a. J.C.) el proceso es lento y su evolución sugiere una fase de experimentación sobre todo agrícola. La segunda parte («Precerámico algodónero») el proceso experimenta una notable aceleración, que se aprecia en el crecimiento de los asentamientos y en el aumento de la población, seguramente gracias al incentivo del aumento de posibilidades en la dieta alimenticia.

Ejemplo de la primera etapa puede ser el asentamiento de Real Alto, en el valle de Chanduy, del denominado «Grupo de Valdivia», en la península de Santa Elena, al

norte de Guayaquil (Ecuador), recientemente excavado por Jorge Marcos. Se trata de una aldea con plaza y recinto ceremonial que estuvo ocupada durante más de dos mil años (MARCOS, 1988).

Real Alto ha dado la fecha más antigua de la fase Valdivia, 3545 ± 200 a. de J.C., para una comunidad que ya cultivaba maíz, algodón, camote, achira, maní y alucinógenos. Es el prototipo de aldea de Valdivia, con casas comunales alineadas en torno a una plaza o espacio central. Sus materiales arqueológicos denotan intercambios a distancia, incluso con los Andes interiores y se han detectado conchas spondilus y obsidiana importada de Chorrera. Explotaban sistemáticamente tres ambientes distintos: costa marina, río y sabana. Y en el contexto arqueológico hay rasgos que ofrecen datos de una jerarquización social, una estructura religiosa básica, con presencia de chamanes y un calendario ritual utilizado para controlar la producción agrícola. En Real Alto se aprecian importantes cambios en los patrones de asentamiento entre las fases I y III (entre 3.500 y 2.750 a. de J.C.).

Hacia el II milenio a. J.C. las aldeas Valdivia tienen ya un edificio religioso en el que se practicaban ritos agrícolas, como el de la lluvia.

Ejemplo de la segunda etapa es el magnífico centro de Huaca Prieta, en el valle de Chicama, al norte de Trujillo (Perú), excavado por Junius Bird en 1946, que halló en el montículo formado, sobre todo, por basuras, a lo largo de más de un milenio, con restos de unas 100 viviendas, de hacia 2500 a J.C., construidas con cantos rodados ensamblados con barro, asociadas a un gran muro de contención, posiblemente fruto de una acción comunitaria. Su espléndida situación junto al mar, en la boca del valle, permitía la explotación de los recursos marinos y terrestres. El notable avance tecnológico que se aprecia en los materiales arqueológicos de la Huaca (textiles, cerámicas, arte...) nos habla ya de una clara tendencia hacia la especialización de funciones y de la aparición de una religión organizada, basada en un importante substrato mitológico. La técnica de construcción de las viviendas ya estaban bastante desarrolladas: se edificaron pequeñas casas subterráneas con uno o dos cuartos cuadrados u ovales, a las que se accedía por una entrada pequeña y baja. En el interior no se encontraron hogares, por lo que Bird dedujo que los trabajos de cocina se realizaban en el exterior (BONAVÍA, D. 1991).

La importancia de Huaca Prieta debió ser enorme: hoy se considera que, junto a Valdivia y posiblemente otras corrientes procedentes de México, debió influir en la iconografía de Chavín.

En Huaca Negra de Guañape, de aspecto muy parecido a la anterior, Salinas de Chao (Los Morteros), que es un asentamiento aterrazado de grandes dimensiones con nueve edificios de plataformas, recintos y una muralla delantera, en donde se aprecia un gran patio central hundido (con una datación problemática); Alto Salaverry (valle de Moche), donde hay un importante centro administrativo y plataformas asociadas a viviendas formadas por pequeñas habitaciones; Las Aldas (Casma), que es un asentamiento de finales del Prececerámico situado en pleno desierto; Culebras (Valle de Culebras), considerado por algunos como la más importante manifestación de la arquitectura doméstica del período, así como en otros centros parecidos, estamos ante casos semejantes. Es de aquí de donde debemos hacer partir el camino hacia el inicio del urbanismo en América Andina.

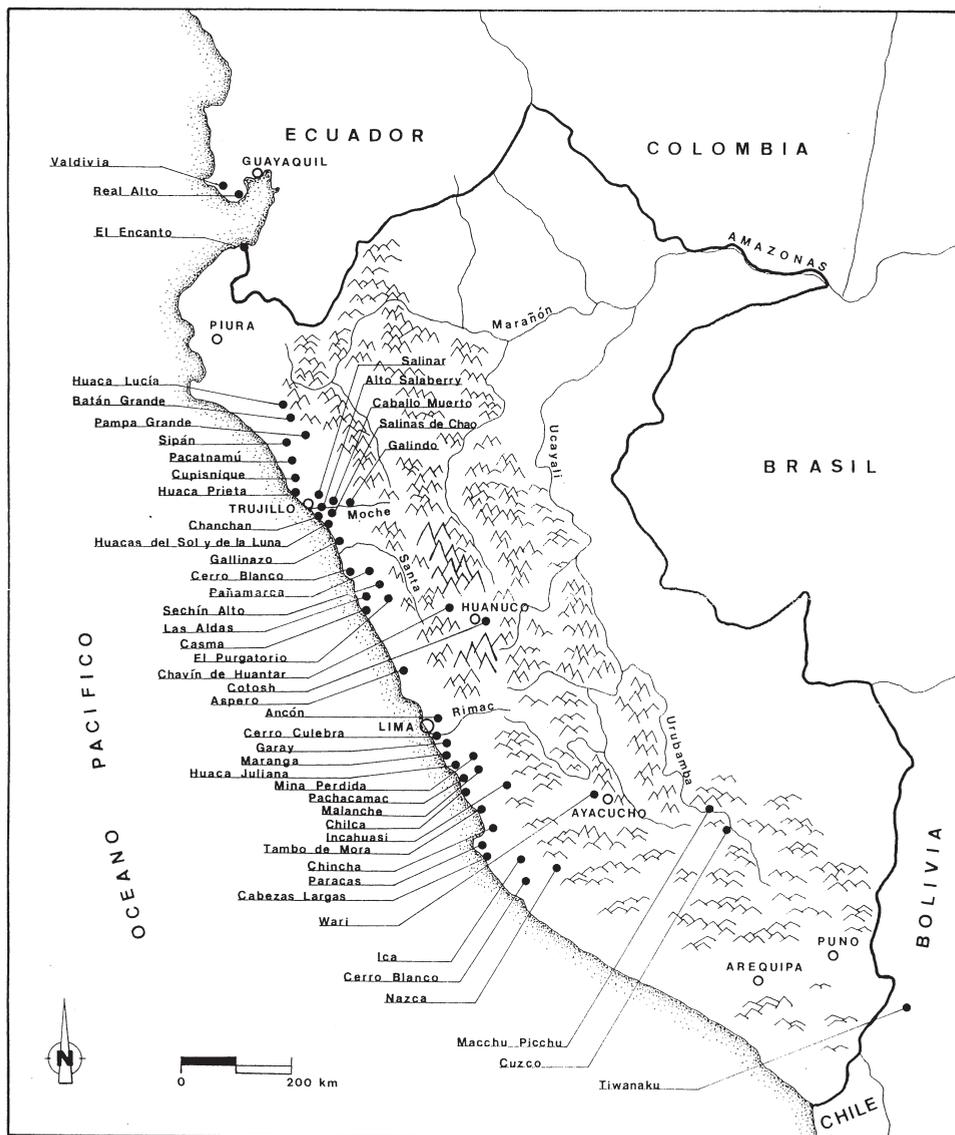


Lámina VII. Yacimientos y lugares de América Andina, citados en el texto.

En Aspero, en el valle del Supe, hay un desarrollo urbanístico temprano de gran complejidad formal y también se levantó un gran centro. Su construcción se inició hacia 2.600 a. de J.C. y se completó en varias etapas, con seis grandes plataformas rectangulares de hasta 10 m. de altura, colocándose en la parte superior estructuras de mampostería decoradas con nichos y frisos de adobe. El asentamiento se expande sobre 13 ha. y en él se aprecia una hábil planificación urbana, desarrollada en varias fases. Las huacas

de Los Sacrificios, la de los Idolos (con tres fases constructivas) y Huaca Alta, son las más notables del impresionante conjunto de la costa central peruana. Los edificios se construyeron con bloques de piedra unidos con mortero de barro, o con bloques irregulares entramados con barro.

En el Valle de Supe, el inédito asentamiento de Piedra Parada es de características semejantes a Aspero.

En la península de Paracas, al sur de Lima, el grupo definido por Engel en «Cabezas Largas» parece pertenecer a otro tipo de población diferente, asentada allí desde el 3000 a. de J.C.; tal vez grupos de agricultores que bajaron desde la sierra y alternaron sus actividades agrícolas con la depredación de la costa. Sus asentamientos, sin embargo, no llegaron a alcanzar el nivel de desarrollo que hemos visto en Huaca Prieta o Aspero.

En México asistimos a un proceso de sedentarización de comunidades de productores desde, por lo menos, el VI milenio a. de J.C., a partir del foco de Tehuacán. Pero en México central los primeros asentamientos estables sobre suelo fértil aparecen entre 3000 y 1000 a. de J.C., como vemos en la plataforma circular de Cuicuilco (El Pedregal). De estos centros surgirán, antes de 500 a. de J.C., las primeras sociedades urbanas de México central. No sabemos la influencia que este tipo de asentamientos pudo haber tenido más al sur del lago Nicaragua (PREM, H.J. & DYCKERHOFF, V. 1986).

2. Fase Formativa (1800-500 a. J.C.)

Esta fase estuvo caracterizada en los Andes por un largo periodo de desarrollo de las técnicas agropecuarias. Aumentó el número de especies cultivadas, se consolidó el sedentarismo y aumentaron el tamaño y número de los asentamientos. Podemos decir que, en torno a 1500 a J.C. ya estaba establecida una agricultura de aldea totalmente sedentarizada, que se basaba sobre todo en el cultivo del maíz.

El panorama es especialmente interesante en Perú, donde se aprecia un repentino florecimiento de las sociedades de jefatura teocrática, que se manifiesta, sobre todo, en el desarrollo de los centros ceremoniales y en la población concentrada en sus entornos. Los rasgos más característicos de este proceso son:

- Centros ceremoniales.
- Sociedades de jefaturas teocráticas estructuradas (poder político y religioso).
- Nueva forma de gobierno.
- Diferenciación social (enterramientos diferenciados y de «status»).
- Incremento de la producción agrícola y excedentes de producción.
- Especialización regional de la producción.
- Obras comunitarias con abundante mano de obra controlada.
- Sistemas de riego organizado.
- Especialización de funciones.
- Desarrollo artístico.

Las evidencias de una tendencia hacia la concentración de riqueza y poder en una clase dominante de carácter teocrático son abundantes, hasta tal punto que Ford denominó

a esta fase, en su momento pleno, como «Formativa teocrática» (Primera fase.- Formativa colonial; Segunda fase.- Formativa teocrática). Los centros ceremoniales solían estar rodeados de aldeas de entre 20-30 casas, de manera que formaban grupos de poblaciones interdependientes, con su sede central.

Dos pautas culturales señala E. Service para este momento (SERVICE, 1984): Por un lado, el gran desarrollo del cultivo del maíz, que permitió el aumento progresivo de la población; y por otro, el perfeccionamiento de la organización religiosa (es decir, una pauta ideológica), que con el tiempo, generó una organización política centralizada que se convirtió en una fuerza material tremendamente productiva que, además, desarrolló y expandió su propia ideología.

Hasta ahora, el paradigma de este tipo de sociedad teocrática de jefatura es la Cultura de Chavín, con su centro mejor conocido (aunque quizás no el más importante) Chavín de Huántar, donde se documenta la más antigua orfebrería de América.

Chavín de Huántar tuvo su apogeo entre 800 - 200 a. de J.C. y constituyó un importante complejo religioso, con una monumental plataforma de piedra horadada por pasillos y salas, que le dan un aspecto de panal de abejas.

Chavín no fue el único centro ceremonial de este tipo, ya que en la actualidad se conocen otros, de desigual importancia arqueológica, en los que se inventaron y desarrollaron formas de culto religioso que sirvieron para perpetuar el poder de las teocracias dominantes, consolidándolo. Con ello, controlaban la mano de obra para la construcción de sus monumentos y estimulaban y controlaban el comercio y la distribución, sobre la base de la simbiosis regional y, posiblemente, la potenciación y control de los sistemas de riego y del calendario agrícola.

Se ha dicho que Chavín recoge las ideas norteanas del mundo Olmeca mexicano, aunque L.G. Lumbreras considera Chavín como «una cultura netamente andina» (LUMBRERAS, 1989). Los paralelismos establecidos entre Chavín y Tlatilco (Tacuba), situada al oeste de México D.F., siguen en plena discusión, sobre todo en lo que se refiere a las similitudes entre las figurillas de Tlatilco denominadas del estilo olmeca «cara de niño» y algunas estilizaciones de Chavín, así como los establecidos entre estas estilizaciones Chavín y otras de Monte Albán, fases I y II, que recuerdan también la escultura olmeca. Hoy, en una etapa de crisis del difusionismo, algunos autores prefieren reconocer ciertos paralelismos sólo en algunos aspectos de la tecnología, el arte y los productos y técnicas agrícolas, que luego se adaptaron a las necesidades y condiciones locales, aunque las formas socio-políticas parecen estar más en relación con los problemas locales y podrían ser originalmente andinas. También la arquitectura de Chavín se puede comparar con la mexicana de Maxcanú (Yucatán) y Mitla (Oaxaca), con las que guarda muchos paralelismos, sobre todo en la concepción de formas y soluciones técnicas. En todo caso, no puede relegarse completamente la propuesta de H.J. Spinden al reconocer un «Horizonte formativo interamericano», en el que estos paralelismos tendrían sentido.

La influencia Chavín hacia la periferia, que hace pocos años suscitaba las dudas de los especialistas, aparece hoy claramente definida en diversos aspectos y lugares: tuvo contactos con el mundo Olmeca y pre-zapoteca de Monte Albán (que han estudiado N. Porter y M. Coe); con la cultura ecuatoriana de Chorrera, de la que pudo recibir algunas influencias y se relacionó con Paracas, hacia 400 a. de J.C., influyendo en sus primeras

fases (Fases de Paracas-Cavernas), para ser sustituida luego por la influencia Topará; recientemente se estudia la influencia de Chavín en los valles de Pisco y Cañete, seguramente a través de Paracas, ya que en Chíncha aparecen textiles decorados con motivos de estilo Chavín.

Hay asentamientos o impacto de Chavín en Batán Grande y Huaca Lucía (Valle de la Leche), Huaca Prieta (Valle de Chicama), Pucurí y Cerro Blanco (Valle de Nepeña), Mojeque (Valle de Casma), Sechin Alto (cuyos relieves, lo mismo que los de Moxeque y Punkurí —Valle de Nepeña—, tienen también paralelismos con los danzantes de Monte Albán, en México aunque tal vez sin contactos directos, sino a través de influencias culturales ocasionales), Las Aldas, Ancón, Mina Perdida (Valle de Lurín)... y en territorios serranos, como Pacopampa y La Copa (Cajamarca). Sin embargo, tanto Mojeque como Sechin Alto tienen fases pre-Chavín.

También en el impresionante conjunto de Caballo Muerto (Valle de Moche) la Huaca de los Reyes, situada en un lugar central, tiene un templo en forma de U que parece ser otro de los grandes centros ceremoniales de la fase Formativa (BONAVÍA, D. 1991).

3. Fase de los desarrollos regionales (500 a. de J.C. - 700 d. J.C.)

Los desarrollos regionales se inician, de forma bastante uniforme en las distintas áreas, a partir de un proceso de sedimentación de los logros iniciales de la fase anterior, desde mediados del primer milenio a. de J.C., aunque debe señalarse que los grupos de la costa sur peruana se presentan más propensos a las innovaciones, mientras que los de la costa norte aparecen más aferrados a las tradiciones anteriores, evidenciando un cierto conservadurismo cultural. Entre los distintos aspectos que, en general, favorecieron este despegue regional, actuando a veces como motores del cambio, pueden destacarse:

- La mejora del nivel tecnológico, especialmente en las aplicaciones a la agricultura y la metalurgia.
- El desarrollo de los sistemas de riego a gran escala.
- La mejoría climática y el inicio de una fase ambiental estable.
- El considerable aumento de la población.
- Los contactos, más frecuentes, entre los distintos grupos.
- El desarrollo de las artes y la aparición de estilos regionales.
- El aumento del número y tamaño de los asentamientos.
- Aparición de la ciudad, como evidencia física de la vida urbana.
- El desarrollo de las organizaciones militares.
- Los conflictos entre distintos grupos.
- La aparición de organizaciones estatales.

Algunos de estos aspectos pueden ser considerados, a la vez, causa y efecto, ya que no resulta fácil dilucidar el origen y las consecuencias de los fenómenos culturales y mucho menos con las notables diferencias regionales que se observan.

En el caso de la aparición del Estado, por ejemplo, la polémica continúa abierta, ya que, aunque se ha dicho que Wari es la primera organización estatal verdadera en los

Andes, hay quien afirma que los supuestos estatales Wari ya existían en Chavín y, por el contrario, quienes afirman que Wari sigue siendo, en realidad, una sociedad de jefatura teocrática. Tanto Service como Lanning ha sugerido la idea de que el Estado aparece en el área andina como resultado de los avances tecnológicos que favorecieron la producción de excedentes agrícolas y, en consecuencia, el desarrollo de un modelo de sociedad estratificada, de manera que el primitivo Estado andino aparece como un verdadero «aparato represivo», apoyado esencialmente en una clase social dominante que controla los medios de producción, el calendario y los cultos religiosos, apoyada por un brazo armado que se encarga del orden interno y de la expansión exterior. En este contexto, tendría sentido la aparición de las verdaderas entidades urbanas. D. Bonavía ha sugerido que en esta fase de los desarrollos regionales la ciudad «con estructura urbana» aparece como expresión del urbanismo andino. Sin embargo, Canziani, que utiliza la expresión «centros urbanos teocráticos», cree que los asentamientos son la «expresión física del modo de producción de una particular sociedad», restando valor a los aspectos ideológicos o tecnológicos y resaltando más los aspectos económicos (CANCIANI, J.; 1989).

La información que poseemos de esta etapa es impresionante, sobre todo la procedente de la cerámica y los textiles, que ofrecen datos valiosísimos. Por ella sabemos que en esta etapa los sistemas de riego alcanzan su plenitud en la mayoría de las regiones, que las tecnologías básicas estaban establecidas y que la población se encontraba cerca de su máximo.

Una de las entidades culturales más notables de la fase es la Civilización Moche o Mochica, que consiguió rápidamente la hegemonía sobre los valles del norte de la costa peruana, hacia 200 d. de J.C. Moche pudo ser el verdadero inicio del Estado en la costa peruana, ya que su urbanismo y sus centros ceremoniales y de control parecen propios de un Estado, aunque Service prefiere denominarla «sociedad de jefatura extensa». Es decir, el desarrollo urbano paralelo al desarrollo institucional. Service, igual que antes lo hizo Isbell, ha observado que en los enterramientos moche apenas se perciben diferencias de estatus que puedan interpretarse como rasgos de una estratificación social y de la presencia de una minoría de dirigentes, propias de una sociedad estatal. Sin embargo, los trabajos arqueológicos posteriores a las excavaciones de Moche y Huaca del Sol han puesto de manifiesto otra realidad bien distinta. Véase si no el impresionante hallazgo de Sipán, donde W. Alva ha excavado un excepcional enterramiento de jefatura, en los trabajos de 1985-88: el Señor de Sipán, en medio de un complejo de especial interés, Pampa Grande, que es el más importante yacimiento moche (ALVA, 1992: 229-236).

Aunque el origen e inicios de Moche sigue planteando bastantes problemas, parece que pudo estar en los valles de Moche y Chicama (departamento de La Libertad), al norte de Perú, en un medio ambiente bastante propicio. Es, esencialmente una cultura costera que apenas se extiende hacia territorios serranos, llegando por el sur hasta el valle de Nepeña, desdibujándose a partir de allí. Su final se fecha hacia el siglo VI d. de J.C., con la penetración Wari (en la fase Moche V). El estado Moche culmina en esta fase imperialista, a partir de 600 d. de J.C.

Esta situación costera favoreció sus contactos con otras entidades culturales. Se admiten ciertos paralelismos entre los motivos decorativos entre la original cerámica moche y la de México occidental de Colima y Nayarit, sobre todo en lo que se refiere a

las técnicas del retrato y a las escenas de la vida diaria moldeadas en vasijas de carácter funerario. También la escultura moche, que es de origen Chavín, guarda cierta relación temática con la escultura olmeca mexicana.

En la costa norte de Perú existen al menos ocho valles contiguos que parecen haber formado parte de lo que se ha definido como la «comunidad política mochica», que sería en definitiva una gran sociedad de jefatura, si no un verdadero Estado. La población de esta comunidad se calcula en unos 250.000 habitantes, aunque también en esto existen discrepancias.

En Moche las aldeas ya son mayores y la tendencia a la especialización de funciones de sus habitantes parece estar definitivamente configurada y en el centro del control de los valles, aparecen los grandes centros urbanos y ceremoniales, sobre todo en los valles de Moche y Chicama, donde se define de un tipo de urbanismo estructurado por clases, a partir de 400 a. de J.C.

Un ejemplo válido lo ofrece el conjunto de las huacas del Sol y de la Luna, en Moche, a los pies del Cerro Blanco, cerca de la actual ciudad de Trujillo. La Huaca del Sol es una impresionante plataforma rectangular, muy saqueada en época colonial y reducida hoy a un tercio de su tamaño real, de unos 350 m. de largo, 160 de ancho y 30 de altura. Está construida con unos 140 millones de adobes hechos con molde, lo que la convierte en una obra comunitaria de características insólitas, construida, tal vez, como una obligación impuesta, parecida a la «mita» inca. Su construcción tiene varias etapas, a lo largo de dos siglos: seguramente una fase previa de Moche primitivo y después Moche medio y tardío; su función fue la de un gran centro ceremonial que se prolongó hasta Moche V, ya con un fuerte componente Wari. La Huaca de la Luna, a medio kilómetros de la anterior, es de menor tamaño y parece haber desempeñado funciones de centro palacial-administrativo. Entre ambas, debió extenderse una gran población en Moche, con residencias domésticas y barrios nobles, que denotan una complejidad social y económica elevada (RODRÍGUEZ ALPUCHE, 1986 y KUBLER, G. 1986).

En el complejo de El Brujo (Valle de Chicama), un equipo de la Universidad de Trujillo está excavando un centro semejante. Y en Pacatnamu, Galindo, Pañamarca, Cerro Orejas... etc. hay también restos del urbanismo moche y de sus obras de irrigación.

Hay que destacar otras fases regionales, como las de: Gallinazo, Nasca, Recuay, Lima y Cajamarca, donde el urbanismo se adapta al medio, con notables diferencias regionales, pero con muchos elementos comunes, pero con una estructura urbana ya plenamente desarrollada.

La fase Virú ofrece también asentamientos semejantes a Moche, pero con aldeas de explotación agropecuaria de tipo «regular», planificadas y construidas simétricamente, tal vez con un diseño previo del poder central. Estas aldeas son un poco más tardías y suelen tener conjuntos residenciales adosados. Tampoco faltan los grandes centros urbanos, como los del Valle de Virú. Recientes tendencias en la investigación empiezan a considerar que los Mochicas son la continuidad cultural de los Virú o Gallinazo y por lo tanto la idea de conquista queda en entredicho.

Cuando los Moche conquistan Virú no modificaron el modelo de estas aldeas.

El momento de apogeo de esta fase coincide, en términos generales, con la época clásica en México, cuando se desarrollan los principales centros urbanos en el área

(Monte Albán, fase IIIa o zapoteca, Teotihuacán, Cholula, Xochicalco... etc., que se desarrollan, sobre todo, entre 100 a. de J.C. y 750 d. de J.C.). Entonces, Teotihuacán es el principal centro urbano de toda América central, con unos 85.000 habitantes entre 450 y 650 d. de J.C., según Millon (MILLON, R. 1981), ejerciendo una notable influencia hacia el sur, por Guatemala (Caminaljuyú), y penetrando en Colombia, Ecuador y norte de Perú. Su influencia más inmediata se documenta en Cholula, que presenta la más larga historia continuada de México central, rivalizando incluso con la propia Teotihuacán, igual que Tajín.

El caso de Tiwanaku es distinto y espectacular. En pleno Horizonte Medio, Tiwanaku es una populosa ciudad que se extendía en el altiplano desértico de Bolivia, a 3842 m. de altitud, como centro de peregrinación de toda la zona andina, capaz de acoger a unos 30.000 habitantes. Se trata del más importante fenómeno urbano del sur de los Andes centrales, aunque en realidad desconozcamos en detalle su secuencia constructiva, ya que las pocas excavaciones arqueológicas allí desarrolladas han sido, hasta ahora, insuficientes y se han centrado, sobre todo, en los centros ceremoniales. El área urbana ocupa unas 350 ha., organizada en grandes unidades de edificios, esencialmente de piedra, aunque también se hicieron de barro. Sus complejos religiosos de Akapana y Kalasasaya, tienen patios en declive y varios motivos de su impresionante arquitectura de grandes bloques de piedra labrada, como las figuras aladas de felinos, aparecen igualmente pintados en la cerámica y en los tejidos, lo que denota su importancia religiosa (HYSKOPM, 1984). Sus precedentes podrían estar en Chavín de Huántar (quizás, en última instancia, en el mundo olmeca mexicano) y tiene paralelismos con las representaciones waris. La decoración de la portada monolítica denominada Puerta del Sol de Tiwanaku, que se fecha entre 500 y 900 d. de J.C., presenta muchos paralelismos conceptuales con Chavín. Este urbanismo de Tiwanaku, que en realidad es el primer conjunto planificado de América del sur, se aparta del modelo costero peruano, ya que el medio es muy distinto, y una de las preocupaciones de sus dirigentes fue el programa de recuperación de tierras cultivables, en un medio adverso para la agricultura. Pero Tiwanaku llegó a ser un gran centro político, religioso y administrativo, sobre todo por su situación estratégica, más, quizás, que por su capacidad para intensificar su propia producción, circunstancia esta que parece compartir con Wari. Su influencia, aunque duró poco, pone por primera vez en relación a las tierras altas con los valles costeros, que debieron ser políticas, además de económicas. Pero algunos aspectos de la posterior organización inka parecen tener sus precedentes en el complejo mundo de Tiwanaku, al que tal vez podríamos denominar ya «protoimperial».

El Estado Wari (o Huari) es también un modelo de tierras altas, como Tiwanaku, aunque presenta una trayectoria bien diferente, única en los Andes centrales. Tal vez fue Wari el primer centro político que combinó la centralización de la sociedad de jefatura teocrática con el comercio, gracias a unas rutas comerciales permanentemente vigiladas por su bien organizada potencia militar. Fue este militarismo de Wari, muy típico de las tierras altas andinas, como vemos en Tiwanaku y veremos más tarde en los Inkas, el que terminó con el Estado Moche, hacia el siglo VIII d. de J.C., aunque las recientes fechas de Pampa Grande y Galindo, entre 650 y 750 d. de J.C., apuntan más hacia el siglo VII d. de J.C. (BONAVÍA, D. 1991).

El conocimiento de Wari se ha apoyado, sobre todo, en los datos aportados por dos yacimientos: Conchopata y Wari (Ayacucho).

Wari es una entidad superior perfectamente organizada en un área con recursos agrícolas muy limitados, pero con una marcada estratificación social. La evolución de Wari hacia un aparato estatal bien estructurado, apoyado en una organización política centralizada, desembocará en una fase a la que podemos denominar imperial. Isbell ha definido a Wari como «el primer estado de los Andes centrales».

La ciudad wari fue uno de los instrumentos de conquista y prueba de poder, manejado con gran habilidad. La tendencia urbanística de wari fue la secularización, mediante la planificación estatal. Es entonces cuando se abandonan los viejos centros ceremoniales y aparecen ciudades nuevas, construidas bajo el modelo Wari y concebidas desde un minucioso plan urbanístico, como parecen evidenciar algunos centros del tipo de Cuzco, Viracochapampa, Taipi, Incaraqay (Huanta), Jarganpata (Valle de San Miguel), Jincamocco (Lucanas), incluso centros rurales, como el de Tunasniyoq (Valle de Totorá) y grandes ciudades, como Chan-Chan, en su fase inicial Wari, anterior a las fases Moche e Inka.

Sus centros urbanos están comunicados por una extensa red de caminos, que suponen la base de la posterior y eficaz red de comunicaciones Inka. De hecho, Wari desemboca en una fase final de marcado signo imperialista, que alcanza su máxima expansión entre 680 - 770 d. de J.C., llegando hasta Cajamarca por el norte y Arequipa por el sur.

Es posible que el urbanismo Wari naciera en los Andes Centrales y no procediera de Tiwanaku. El escaso conocimiento de Tiwanaku impide adoptar una posición definitiva en este sentido.

4. Fase de los grandes estados regionales e imperiales (700 - 1.500 d. de J.C.)

El proceso de urbanización de la sociedad se ha ido consolidado en el área andina, desde la fase de los desarrollos regionales. En el apogeo de éstos, cuando devienen en grandes estados (paso previo a la época imperial Inka), la civilización Chimú se consolidó en las tierras de la costa norte de Perú, desde 700 d. de J.C. hasta su derrota por los Inkas, en 1476 d. de J.C.

El secreto de la eficacia del Estado Chimú está en una sólida estructura social, una política colonial eficiente, una buena red de comunicaciones y una eficaz explotación de los recursos naturales, todo ello controlado desde los grandes centros de poder, que eran a la vez centros administrativos, cuyo paradigma urbano es Chan Chan, la capital Chimú del valle del Moche, antiguo centro Wari.

Hacia 1200 d. de J.C. Chan Chan era un gran centro urbano con más de 50.000 habitantes, que se extendía junto a la costa del Pacífico, a las afueras de la actual Trujillo, sobre unos 24 kms². Su magnitud llamó la atención a los conquistadores españoles.

En Chan Chan se ha definido 10 grandes recintos ceremoniales, todos ellos de planta rectangular orientada en dirección norte-sur; el mayor de ellos es el denominado recinto Gran Chimú, que tiene 22,1 ha. Además, en torno a los recintos sagrados hay amplias zonas administrativas y de población, con subdivisiones cuidadosamente tabicadas, con depósitos para productos agrícolas, talleres de artesanos, jardines, cementerios y centros

ceremoniales, protegidas por impresionantes lienzos de murallas. La técnica constructiva más frecuente es la fábrica de adobe sobre cimiento pétreo (RAVINES, 1980).

Este modelo urbano de Chan Chan es el que vemos expandido por el resto del territorio chimú, aunque con menos espectacularidad. La política desarrollada por los gobernantes del Reino Chimor era la de construir ciudades en las zonas conquistadas, con el fin de que actuaran como centros de control del Estado, tanto de los asuntos militares como de los económicos. Gracias a este control, podían recaudar un elevado impuesto sobre la producción agrícola y sobre los objetos elaborados, ya fueran los textiles, los productos metálicos o la cerveza de maíz, tan popular entre los chimúes. Este tipo de control fue luego imitado o adoptado por los conquistadores inkas, que, lejos de destruir la infraestructura chimú, la conservaron y utilizaron.

La tendencia chimú al expansionismo, así como el incremento de los conflictos y el aumento demográfico, hacen que las poblaciones evolucionen hacia un modelo defensivo de mayor tamaño. Pero esta evolución también se justifica por la necesidad de proteger muchos más territorios conquistados y una economía cada vez más compleja, ya que había que alimentar a mayor número de habitantes y coordinar sus especialidades y actividades. El carácter urbano de la sociedad chimú pudo haberse convertido en la fuerza motriz del proceso de crecimiento.

El mundo Chimú fue absorbido por el Imperio Inka, surgido de un grupo andino del que sabemos muy poco: únicamente que a mediados del siglo XIII había un grupo tribal que ocupaba solamente una parte de la cuenca de Cuzco y que a partir del siglo XV lograron una organización estatal.

Sin embargo, muy pronto se expandieron por todas partes, gracias a su creciente militarismo, de forma que entre 1493-1525 ocuparon una superficie de 3.500 km. de largo, extendiéndose hacia el interior en un promedio de 320 km. desde la costa del Pacífico. Esta extensa área podía mantenerse como un estado sólidamente constituido gracias a una eficiente infraestructura, a su perfecta organización militar y política, a su espléndida red viaria (parcialmente heredada de Wari), que alcanzaba unos 40.000 km. jalonados por más de 1000 tambos o posadas. Añádase a esto una diversificada técnica de explotación del medio, que conseguía convertir en productivas zonas aparentemente imposibles de cultivar (ROSTOROWSKI, 1988).

Las explotaciones agropecuarias o industriales se controlaban minuciosamente por medio de centros administrativos distribuidos por todo el territorio, protegidos a veces por fortalezas militares o destacamentos de soldados. Los centros de almacenamiento y distribución se situaban cerca de las áreas de producción, como vemos en el de Pampa Huanuco, que era un depósito regional capaz de almacenar 36 millones de litros de cereal.

La fortaleza de Ungara, la ciudad de Incawasi y en poblado de Chontay pueden servir de ejemplos para estos tipos de asentamientos.

Parece sorprendente que este aparato estatal no contase con la escritura como medio de control administrativo.

La Capital del imperio fue Cuzco, convertida en metrópoli en 1438. Otros centros del Imperio se situaron en ciudades conquistadas, Manchán, en el Valle de Casma y Túcume, en Lambayeque; el caso de Chan Chan, al norte, es más problemático, pero, en todo

caso, los inkas se expandieron hasta tierras ecuatorianas, como vemos en la Pucara de Rumicucho, cerca de Quito.

Sin embargo, la conocida Machu Picchu, en el corazón de los Andes peruanos, no era más que una pequeña ciudad situada sobre un espolón rodeado por el río Urubamba que, aunque hoy nos impresiona, sobre todo por haber permanecido conservada gracias a su recóndita situación, no debió tener excesiva importancia como centro de población, sino más bien como ciudad sagrada. Pero en ella podemos rastrear muchos de los detalles del urbanismo inka (BINGHAM, 1964).

Innumerables centros menores de población se distribuyeron por todas partes, utilizando los recursos de los valles, allí donde estos ofrecían posibilidades de explotación, o ideando ingeniosos sistemas para la explotación agrícola, allí donde el medio era adverso y el agua escasa, como vemos en la Lomas de Malanche, cerca de Pachacamac, en las que un grupo de asentamientos explotaban las laderas montañosas que eran fertilizadas por la humedad de las nubes bajas (MUJICA, 1987).

Tras lo anteriormente expuesto, y seleccionando de entre ello algunos de los puntos de reflexión a mi juicio más interesantes para un debate, podemos concluir afirmando:

1. La tendencia a la urbanización de la sociedad en América Andina se aprecia claramente desde el Periodo Formativo.
2. Este proceso sigue unas pautas semejantes a las desarrolladas en Mesoamérica y especialmente en México, desde donde llegan algunas influencias que se aprecian en la arquitectura y el arte.
3. El urbanismo fue un mecanismo de expansión y control de ideas religiosas, políticas y económicas.
4. Hasta la época inka, la ciudad fue un centro administrativo que, desde su poder, controlaba los recursos, pero existió también una población dispersa.
5. En América Andina el urbanismo desempeñó a veces el papel de instrumento de conquista y prueba de poder, que se manejó con una política bien definida, como vemos en Moche, Wari e Inka.
6. Fue siempre un urbanismo práctico, que comprendió los condicionamientos del medio, en la sierra o en la costa, y se adaptó a él. En el proceso se puede observar una utilización racional de los recursos del entorno.
7. En este sentido, el urbanismo andino, como el mesoamericano, es también la expresión física de determinados modos de explotación del medio.
8. El urbanismo Wari puede proceder de los Andes Centrales y su tendencia fue la de permanecer.
9. Desde la época Mochica, se aprecia una elevada planificación urbanística.
10. Este urbanismo se ajustó a las características regionales, produciéndose variantes en sus modelos.
11. La conquista europea supuso un cambio drástico de estos modelos, con resultados contradictorios y diversos.

En 1983 A.S. Keene y J.A. Moore analizaron el desarrollo de los estudios sobre los orígenes de la vida urbana y el Estado y han establecido la existencia de ciertas fases que debemos distinguir en el periodo de vida de los modelos arqueológicos (KEENE y MOORE, 1983).

Todos estos modelos han pasado por las siguientes fases: 1) el descubrimiento de un nuevo modelo, 2) la rápida difusión del mismo, comprobando su validez en un número de fenómenos y reas de investigación, 3) la comprensión de que se ajusta a un menor número de casos de los esperados y de que es menos válido de lo pensado inicialmente, 4) el refinamiento del modelo y su enfoque hacia fenómenos para los que parece más adecuado, 5) aceptación y uso del modelo, casi sin mayor duda, como un dogma para el desarrollo de futuros modelos, 6) la creciente incertidumbre sobre si el modelo es tan efectivo como se ha dicho, y 7) reemplazo del modelo por otro nuevo y, en teoría, de mayor alcance y fiabilidad.

Tras manejar todas las ideas expuestas podemos concluir en que la vida urbana, esto es, un modelo de vida basado en una forma colectiva de adaptación al medio mediante un proceso de organización social, es un producto histórico fruto de la acumulación de experiencias que se nos presenta como una forma de práctica social. Es decir, que lo esencial es, como ha dicho Toynbee, «que los habitantes de la ciudad constituyan de hecho una verdadera comunidad» (TOYNBEE, 1985, 32) y desarrollen, al menos, los rudimentos de un alma ciudadana. Y no es posible reducir el concepto de urbanismo ni a unos meros objetos urbanos, ni a una suma de funciones especializadas, ni a un conjunto de instituciones aisladas, ya que la ciudad, por ser el resultado de «una diversidad de conductas y actitudes» (RONCAYOLO, 1988, 49) requiere precisamente un entendimiento desde la diversidad, contemplando múltiples factores que se nos presentan como resultado de la plural conducta humana, en la que, si bien es posible definir actitudes primordiales, éstas no son sino el resultado de necesidades ocasionales que no siempre definen el factor humano. De hecho, muchos de los rasgos diagnósticos mencionados pueden haber existido en las distintas sociedades urbanas históricas, pero no necesariamente en todas ellas. La evolución interna de cada área geográfica marca una peculiar trayectoria para cada una, de forma que, aunque puedan definirse paralelismos frecuentes, la diversidad histórica produce, forzosamente, diversidad organizativa y cada circunstancia propicia resultados específicos. De igual manera la mentalidad del habitante urbano, conformada por creencias, costumbres y actitudes, configura determinadas formas de entender la vida ciudadana, desde el poblado defensivo del Calcolítico, a la «civitas» romana por excelencia o a la introvertida madfina islámica, en la que cada casa es un santuario, según los preceptos coránicos. De esta forma, la ciudad o el poblado son en buena medida reflejos materiales de la mentalidad de sus habitantes. No es el urbanismo físico el que modela el carácter del hombre, sino el hombre el que, consciente o inconscientemente, configura un determinado tipo de hábitat, adecuándolo a sus necesidades, a su economía, a su mundo de relaciones, incluso a sus creencias. Por eso el urbanismo y la vida urbana adoptan tantas variantes como las diversas motivaciones que dan forma a las culturas, de manera que no es posible referirse a un único modelo, ni siquiera a unos rasgos definidos aunque estos se repitan en distintas partes del mundo, ya que la adecuación a las propias necesidades produce resultados bien diferentes e incluso contradictorios.

Pero sí parece claro que la ciudad requiere elementos básicos para su definición en el tiempo y en el espacio, tales como la concentración de población, la comunidad de asentamiento y la conjunción de actividades, la organización (es decir, la ordenación) consciente de la sociedad, el establecimiento de normas compartidas, la ordenación del territorio... etc., lo cual implica una tarea colectiva que compromete por igual a todos los «ciudadanos» que habitan el lugar. Y de aquí surge, como resultado inmediato del esfuerzo colectivo, un efecto multiplicador que, a la vez que potencia a la población, la proyecta más allá de sus propios límites físicos poniéndola en relación directa con el espacio que la rodea y reforzando un mundo de relaciones que afecta a todos los aspectos de la vida urbana.

Así, las ciudades manifestarán una tendencia a crear una red circundante de establecimientos subsidiarios, en un territorio relativamente próximo y de fácil control, con el fin de asegurar su propio abastecimiento, al tiempo que garantiza el de los centros periféricos, ya que la urbe terminará desempeñando el papel de núcleo principal de una comunidad más amplia. Esto ha sido demostrado para la Edad del Hierro europea por O. Büchschütz, que ha analizado los sistemas de explotación agraria de la época céltica y ha constatado cómo las granjas aisladas, los caseríos y los pueblos coexisten y se dividen el territorio, especializándose en determinadas formas de producción. De esa manera el hábitat se dispersa en los lugares de producción, al tiempo que se reagrupa en los lugares de intercambio (BÜCHSCHÜTZ, 1984, 210).

Esta sucesión de causa - efecto no parece que tenga que ser forzosamente consciente, es decir planificada previamente. Basta con que el centro urbano desarrolle sus propios mecanismos dinámicos y se establezca un comportamiento casi mecánico en el que el abastecimiento, las actividades especializadas, el comercio, incluso las ideas y los sentimientos, jueguen su papel como agentes de lo que L. Binford llamó «dinámica organizada», proporcionándole al enclave una identidad, que a veces puede estar caracterizada por una actividad específica, que lo definirá en su propio espacio.

La ciudad irá conformándose a través del tiempo como resultado natural de esa dinámica organizada, tanto interna como externamente, definiendo espacios físicos como elementos significativos de su configuración social, distribuyendo sus estructuras de acuerdo con unas pautas de conducta establecidas por sus habitantes, teniendo en cuenta diversos factores, impuestos generalmente por sus propias necesidades, por el medio y por las formas de producción. En la mayoría de los casos esas circunstancias propician un patrón específico de asentamiento que, en cierto modo, es consecuencia de un determinado modelo social y no únicamente de una mera adaptación al territorio, como cree E. Lampard (LAMPARD, 1965).

Sí es aceptable, sin embargo, que a determinados niveles del desarrollo de la sociedad, o en territorios especialmente propicios a una modalidad concreta de explotación (territorio y función), estas circunstancias favorezcan un patrón especializado que conduzca a una determinada forma organizativa, reflejada en la expresión física de la configuración urbana. La ciudad así, como expresión viva del modelo urbano, se convierte en el fiel reflejo de la personalidad de sus moradores y su aspecto externo no es más que el resultado del desarrollo de su organización, que tiene en el espacio y en el tiempo su proyección de tamaño y permanencia, como cualidades definitorias.

Los habitantes urbanos, conscientes de que este modelo social requiere cada vez mayor organización y una progresiva especialización, se adaptan a un sistema de continuas incitaciones que va aumentando el carácter de colectivización al mismo tiempo que incrementa las diferencias entre la vida campesina y la vida ciudadana. Y aunque esta creciente diferencia no supone, en modo alguno, la ruptura con el medio rural, ya que existe un necesario vínculo de interdependencia, la urbe sobrepasa el nivel primario de dependencia y con su diversidad de funciones se convierte en el más alto grado de los sistemas de subsistencia, ya que aglutina en sí el interés de los grupos y núcleos circundantes. Es éste un sistema de relaciones que aparece como fruto del desarrollo urbano en diversas partes del mundo, incluida la Europa protohistórica de la Edad del Bronce.

Al mismo tiempo, la urbe se adapta a la variedad humana que aglutina, pero no mezcla a sus habitantes, sino que los divide en grupos atendiendo a los diversos orígenes, trabajos y rangos, ofreciendo así su propio esquema de estructura social, en la que existe una clara diferenciación «vertical», por la diversidad dentro de una misma clase, y, a la vez, una estratificación «horizontal», por la diferencia entre clases distintas o por el variado rango social.

La diversidad de las áreas urbanas, de las viviendas o de la situación con respecto a los lugares de privilegio, así como la clara diferenciación de ajueres en las necrópolis, son datos generalmente constatados desde el punto de vista arqueológico, en la protohistoria, el mundo antiguo y la Edad Media. Y aún cabría hablar de otros factores de la diversificación, tales como la religión, la condición política o el rango laboral, por ejemplo, ya que no es una casualidad que cuanto más avanzado sea el grado de urbanización de una sociedad más elevado es el grado de diferenciación y más variados los factores que la producen, ya que el incremento de servicios y especialidades provoca una demanda natural de «funcionarios» y artesanos que tienden a agruparse en categorías sociales cada vez más estables, de acuerdo con su función en el ámbito urbano, produciéndose entonces un nuevo efecto multiplicador que aumenta la demanda de bienes de consumo y, en consecuencia, de dinamismo urbano, que redundará en todos los aspectos de la vida del centro: economía, comercio, producción, incremento de la población, asistencia, defensa... etc.

Como centro de atracción, la urbe ofrece además un elevado grado de seguridad a sus habitantes y la posibilidad de hallar más facilidades para sus realizaciones personales. La seguridad se ve reforzada por la creación de instituciones defensivas y de control, dentro del proceso de formación de un sistema legal y un gobierno capaces de coordinar no sólo a sus propios habitantes sino además a los núcleos circundantes que la proveen de alimentos. Estas instituciones dirigirán también los grandes proyectos cooperativos: obras públicas, saneamiento, almacenamiento de excedentes públicos, regadío... etc.

Sin embargo, pese a los factores comunes que se identifican en las primeras ciudades, cada una pudo ofrecer elementos diferenciadores, ya que todas eran distintas y estaban condicionadas por circunstancias locales que, de hecho, variaban de una a otra. Esto quiere decir, a grandes rasgos, que los factores comunes pueden responder a una similitud de respuestas culturales a problemas similares y, por añadidura, refuerza la idea de que el origen del urbanismo no hay que buscarlo solamente en los antiguos núcleos del mundo

oriental sobre los que numerosos investigadores han centrado su interés durante tantos años, dada la espectacularidad de sus evidencias arqueológicas, dando por hecho que, desde la óptica de las tesis difusionistas, la idea urbana se expandió desde allí a otros lugares.

Tal vez hoy sea más adecuado pensar que la urbanización de la sociedad es un fenómeno cultural que, al igual que la agricultura, la tecnología o la religión, apareció en distintas partes del mundo, bajo diferentes formas secundarias, aunque en respuesta a estímulos semejantes.

Este proceso, que generalmente suele ir estrechamente ligado al proceso tecnológico, germinó en Europa, parejo al desarrollo de la metalurgia, en el cenit de la Edad del Bronce, para alcanzar su fase de plenitud ya en la Edad del Hierro, con el estímulo de grupos culturales más desarrollados. El mundo clásico supondrá un proceso de afirmación y perfeccionamiento de la vida urbana, que se proyectará a lo largo del Medioevo, superando la crisis de la Alta Edad Media, en la que la vida urbana se replegó sobre sí misma y perdió una buena parte de los logros obtenidos, para renacer en la plenitud del siglo XIII, de la mano de la «revolución mercantil» y del desarrollo del comercio, tras varios siglos de letargo. Desde entonces, su progresión ha sido constante, aunque pasando algunos momentos críticos.

Pero todavía no conocemos el final de este proceso histórico, ya que las sociedades urbanas del mundo actual, en opinión de algunos, caminan hacia un estadio de «superurbanización», al que ya se refería K.E. Boulding con el nombre de «postcivilización» en su obra «*The Death of the City*» (1961). Quizás entonces la propia ciudad, como materialización de la idea de urbanismo, deje de tener significado y se convierta en un «núcleo residual» dentro de un patrón diseminado que abarque suburbios y áreas exurbanas, acortando la distancia entre vida rural y vida ciudadana (que cada vez es menor), en un proceso inverso al desarrollado hasta ahora.

Tal vez convenga meditar sobre las palabras de E. Adamson Hoebel, cuando dice que «un nuevo nivel de organización social está empezando a formarse. Muchas de las viejas instituciones de la civilización están siendo derribadas» (HOEBEL, 1973, 533). La ciudad podría ser una de ellas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADAMS, R. Mc. C.: *The Evolution of Urban Society: Early Mesopotamia and Prehispanic Mexico*. Aldine, Chicago, 1966.
- Patterns of Urbanization in Early Southern Mesopotamia», en Ucko, P. J.; Tringham, R.; Dimbley, G. (eds.): *Man, Settlement and Urbanism*. Duckworth, London, 1972.
 - El origen de las ciudades, en *Selecciones de Scientific American (Biología y Cultura)*. Ed. Blume, Madrid, 1975, págs. 229-236.
- ADANSON HOEBEL, E.: *Antropología*; Ed. Omega; Barcelona, 1973.
- ALVA, W.: «El último gran descubrimiento precolombino: en la tumba del tesoro», *Muy Interesante*, num. 132, Mayo, 1992, págs. 19-32.
- *Sipán*; Col. Cultura y Arte del Perú; Lima, 1994.

- BALIL, A.: *Casa y urbanismo en la España Antigua*, I, Studia Archaeologica, 17. Seminario de Arqueología de la Universidad de Santiago de Compostela, 1972.
- *Casa y urbanismo en la España Antigua*, II, Studia Archaeologica, 18. Seminario de Arqueología de la Universidad de Santiago de Compostela, 1972.
- BINGHAM, H.: *La ciudad perdida de los incas. Historia de Machu Pucchu y sus constructores*, 4ª ed. Zig Zag. Santiago de Chile, 1964.
- BRAIDWOOD, R. J.; GORDON, R. W.: *Courses Toward Urban Life*. Alfine Publishing Co., Chicago, 1962.
- BONAVÍA, D.: *Perú: Hombre e Historia. De los orígenes al siglo XV*, Vol. I, Lima, 1991.
- BOSERUP, E.: *The conditions of agricultural growth. The economics of agrarian change under population pressure*. Aldine Publishing Company, Chicago, 1965.
- CANCIANI, J.: *Asentamientos humanos y formaciones sociales en la costa norte del antiguo Perú*, INDEA, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima, 1989.
- CARNEIRO, R.: «A Theory of the Origin of the State», *Science* v. 169, agosto 1970: 733-738.
- *The Chieftdom: Precursor of the State*; Cambridge University Press, New York, 1981.
- «Reflexiones adicionales sobre la concentración de recursos y su papel en el surgimiento del Estado», en Coloquio en homenaje a Gordon Childe, U.A.M., México, 1988: 265-281.
- CASTELLS, M.: *La question urbaine*. Maspero, Paris, 1970. (Edición española, Madrid, 1979).
- CHILDE, V. G.: *Man Makes Himself*. Mentor, New York, 1936.
- *What happened in History*, Penguin, New York, 1942.
- «The Urban Revolution», *Town Planning Review*, 21, n.2 1, 1950, págs. 1-17.
- «The Birth of Civilization», *Past and Present*, 1952.
- «Civilization, Cities and Towns», *Antiquity*, XXI; Cambridge, 1957.
- CHUECA GOITIA, F.: *Breve historia del urbanismo*. Col. «El Libro de Bolsillo», 136. Alianza Editorial, Madrid, 1968.
- CLAESSEN, H. Y SKALNIK, P.: «The Early State: Theories and Hypotheses», en *The Early State*; Mouton, The Hague, 1978: 3-30.
- COHEN, R. Y SERVICE, E.: *The Origins of the State*; ISHI Press. Filadelfia, 1978.
- EIROA, J. J.: *Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste*, Universidad de Murcia, 1989.
- «Los inicios del poblamiento de América y los problemas de la Prehistoria americana», en *Problemas de Prehistoria e Historia de América Hispana*; Comisión V Centenario, Murcia, 1991: 13-36.
- «Vida urbana y urbanismo en América andina», en *II Curso de Prehistoria de América Hispana*, Comisión Vº Centenario, Murcia, 1992: 127-154.
- «Urban life and development in Andean America»; *Revista de Arqueología Americana (Journal of American Archaeology)*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia; nº. 16; San José de Costa Rica y México D.F., 2002.
- FERNÁNDEZ MARTOREL, M.: *Leer la ciudad*. Icaria, Barcelona, 1988.
- FRIED, M. H.: *The Evolution of Political Society*. New York, 1967.

- GARCÍA Y BELLIDO, A.; TORRES BALBAS, L.; CERVERA, L.; CHUECA, F.; BIDAGOR, P.: *Resumen histórico del urbanismo en España*. Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1987 (tercera edición), 289 págs. (Primera edición 1954, segunda edición aumentada 1968).
- GIPSON, McG.: «Population shift and the Rise of Mesopotamian Civilisation»; *The Explanation of Cultural Change. Models in Prehistory*. C. Renfrew (Ed.) Duckworth Gloucester Cresent. 1973: 458-460.
- HALSTEAD, P.L.J.; HODDER, L.; JONS, G.: *Behavioural Archaeology and Refuse Patterns: A case study*; Dep. Archaeol., Univ. Cambridge, 1978.
- HARRIS, Ch. D.; ULLMAN, E.L.: «The Nature of Cities», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, CCXLII, 1945.
- HASSAN, F.: *Demographic Archaeology*. New York, 1981.
- HAUSER, P.; SCHNORE, L. (Comps.): *The Study of Urbanization*. Wiley, New York, 1965.
- HOLE, F. «Investigating the origins of mesopotamian civilization» *The rise and fall of civilizations. Modern archaeological approaches to ancient cultures*. C.C. Lamberg-Karlovsky y Jeremy A. Sabloff (eds.). Menlo Park, 1972: 269-285.
- HYSKOPM, J. «Tiwanaku as a simbolic empire», *Estudios Arqueológicos*, Univ. de Chile, 5, págs. 133-144, Antofagasta, 1980, London 1984.
- ISBELL, W.H. «Emergence of city and state at Wari, Ayacucho, Perú, During the Middle Horizont», *Andean Archaeology*, Institute of Archaeology, University of California. Los Angeles, 1986, págs. 189-200.
- JACOBS, J.: *The Economy of Cities*. Random House, 1969.
- KEENE, A.S. & MOORE, J.A. (Eds.). *Archaeological Hammers and Theories*; Academic Press, New York, 1983.
- KUBLER, G. *Arte y arquitectura en la América precolonial*, Manuales Cátedra, Madrid, 1986.
- LAMPARD, E.: «Historical Aspects of Urbanization», en Hauser, P.; Schnore, L. (Comps.): *The Study of Urbanization*. Wiley, New York, 1965.
- LUMBRERAS, L.G.: *Chavín de Huántar: el nacimiento de la civilización andina*; Ed. INDEA, Lima, 1989.
- MANZANILLA, L. (Ed.): *Estudios sobre la revolución neolítica y la revolución urbana. Coloquio en homenaje a V. Gordon Childe*; Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1988.
- MARCOS, J.G.: *Real Alto: la historia de un centro ceremonial, Valdívía*; Biblioteca Ecuatoriana de Arqueología (2 vols.). Quito, 1988.
- MILLON, R.: «Teotihuacán: city, state and civilization». Supplement of the «*Handbook of Middle American Indians*», Vol. 1, pp. 198-243; Austin, 1981.
- MUJICA, E. «Malache 1: un poblado complejo en medio ambiente de loma». *Documentos de Arqueología y Urbanismo*, año II, Vol. 1, num. 2-3, Lima, 1987, págs. 7-19.
- NAROLL, R.: «Floor área and settlement population», *Antiquity*, XXVII, Cambridge, 1982, págs. 587 y ss.
- PREM, H.J. & DYCKERHOFF, V.: *El antiguo México: Historia y cultura de los pueblos mesoamericanos*; Plaza & Janés, Barcelona, 1986.

- RAVINES, R.: *Chanchán. Metrópolis Chimú*; Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1980.
- REISSMAN, L.: *The Urban Process*. F. Press Glencoe, 111, 1964.
- RENFREW, C.: *The Emergence of Civilization. The Cyclades and the Aegean in the Third Millennium B. C.* Methuen, London, 1972.
- *Problems in European Prehistory*. Edimbourg, University Press, 1979.
- «Trade as Action at a Distance: Questions of Integration and Communication», en *Ancient Civilization and Trade*, Jeremy A. Sabloff y C.C. Lamberg-Karlovsky (eds.), University of New Mexico Press, Albuquerque, 1975: 3-59.
- RODRIGUEZ ALPUCHE, A.: «El urbanismo prehispánico e hispanoamericano en México, desde sus orígenes hasta la independencia», Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1986.
- RONCAYOLO, M.: *La Ciudad*. Col. «Paidós Estética», 15. Barcelona, 1988.
- ROSTOROWSKI, M.: *Historia del Tahuantisuyo*; Instituto de Estudios Peruanos, Lima 1988.
- SANDERS, W.T.: «Hydraulic Agriculture, Economic Symbiosis, and the Evolution of the State in Central México», *Anthropological Archaeology in the Americas*, Betty Meggers (ed.) The Anthropological Society of Washington, Brooklyn, 1968: 88-107.
- SANDERS, W.T. & PRICE, B.J.: *Mesoamerica: the evolution of a civilisation*. Random House, New York, 1968.
- SERVICE, E. R.: *Primitive Social Organization*. New York, 1962.
- *Origins of the State and Civilization. The process of Cultural Evolution*. 1975. (Versión española: *Los orígenes del Estado y de la Civilización. El proceso de la evolución cultural*. Col. Alianza Universidad. Textos», 83. Alianza Editorial, Madrid, 1984).
- STEWART, J.H.: «Introducción. El symposium sobre las civilizaciones de regadío», *Las civilizaciones antiguas del Viejo Mundo y de América*, Estudios Monográficos, 1; Unión Panamericana, Washington, 1955: 1-15.
- TOYNBEE, A. J.: *Ciudades de destino (de Atenas a Nueva York)*. Madrid, 1985.
- UDKO, P.J.; TRINGHAM, R.; DIMBLEY, G. (eds.): *Man, Settlement and urbanism*. Duckworth, London, 1972.
- VV.AA.: *Los Incas del antiguo Perú: 5.000 años de historia*, C.N. Vª Centenario, Madrid, 1992.
- WELLS, P.S.: *Culture contact and culture change: Early Iron Age in Central Europe and the Mediterranean World*. Cambridge, 1980.
- *Farms, villages and cities. Commerce and urban origins in Late Prehistoric Europe*. Cornell University Press, 1984. (Versión española: *Granjas, aldeas ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la Protohistoria europea*. Ed. Labor, Barcelona, 1988, 248 págs.
- WHEATLEY, P.: *The Pivot of the Four Quarters*. Aldine, Chicago, 1971.
- WRIGHT, H.T. & JOHNSON, G.A.: «Population, Exchange and Early State Formation in Southwestern Iran»; *American Anthropologist*, 77, 1975: 267-289.
- WISSLER, C.: *The American Indian*. Oxford University Press, London, 1931.

WITTFOGEL, K.A.: *Oriental despotism. A Comparative Study of Total Power*. New Haven, Conn., 1957. (Versión española: *El despotismo oriental. Estudio comparativo del poder totalitario*. Guadarrama, Madrid, 1966).

WRIGLEY, E.A.: *Historia y población: introducción a la demografía histórica*. B. H. A., Guadarrama, Madrid, 1969.